

ENSAYO ETNOGRÁFICO Y ARQUEOLÓGICO

DE LA

PROVINCIA DE LOS QUIMBAYAS

EN EL

NUEVO REINO DE GRANADA

Copias: M 078 Pza 5; M 263 Pza 2 (F. E. Santos);
M 481 Pza 1.

1892

BOGOTÁ (COLOMBIA)

Imprenta de LA LUZ, calle 13, número 100

Aparato 165. Edición 226

AL

Congreso de Americanistas

DEDICA RESPETUOSAMENTE

ESTE ENSAYO

E. R. T.

PROLOGO

Decíamos en nuestro estudio sobre las tribus que habitaban el territorio colombiano, que los sepulcros son los depositarios casi únicos de los objetos que pudieran arrojar alguna luz sobre su historia. La costumbre que tenían los indios de sepultar á los suyos con los objetos que en vida habían poseído, fue causa de que muchos de éstos se escaparan á la rapacidad de los primeros conquistadores. De un modo inconsciente, pues, yá que no nos legaron escrituras simbólicas, ni figurativas, ni códices, fueron acumulando en el seno de la tierra los elementos que más tarde han venido á ser como el archivo donde podemos estudiar el grado de su civilización, sus usos y sus costumbres.

Las crónicas, es cierto, nos hablan de la tribu de los Quimbayas: nos dicen que fue aquella una nación poderosa y rica, guerrera é industriosa, nos dan uno que otro detalle de sus costumbres y de sus creencias, pero más datos sacamos de uno de sus cementerios que de la lectura detenida de cuanto sobre ellos se ha escrito.

Gracias á la colección comprada por el Gobierno, á la no menos importante, bajo el punto de vista histórico, que posee el señor D. Vicente Restrepo, y á otras particulares, compuestas todas ellas de alhajas sacadas recientemente de los sepulcros hallados en la tierra que habitaban los Quimbayas; ayudados por el estudio comparativo de las vasijas y productos de barro y de piedra que poseemos de otras tribus de este suelo; guiados por las crónicas del sabio observador Cieza de León, del verídico

escritor Castellanos y del concienzudo historiador Fray Pedro Simón, podemos dar á luz este ensayo de la historia de una de nuestras tribus.

A plumas más autorizadas y competentes corresponde darle mayor amplitud, una forma más elegante. Nosotros sólo pretendemos poner una piedra más al monumento de arqueología nacional que principiaron á levantar el Padre Duquesne con sus estudios sobre numeración y medida del tiempo entre los Chibchas, y el doctor Zerda con su muy interesante publicación de *El Dorado*.



ENSAYO ETNOGRÁFICO Y ARQUEOLÓGICO

DE LA PROVINCIA DE LOS QUIMBAYAS

EN EL NUEVO REINO DE GRANADA



CAPÍTULO I

GEOGRAFÍA

Los terrenos habitados por la nación Quimbaya (1) estaban situados de N. á S. entre los ríos Tacurumbí y Zegues y encajonados entre la cordillera y el río Cauca. Su longitud era de quince leguas, y su latitud de diez, más ó menos. Esto nos dicen Cieza de León y Herrera. Quédanos ahora, puesto que casi todos los nombres primitivos han desaparecido, por fijar cuáles eran estos ríos de que hacen mención los cronistas.

Viniendo de la tribu de los Carrapas al Sur, atravesaron los conquistadores por un valle casi despoblado, en el cual y á orillas del Cauca encontraron el caserío del Cacique Irra ó Irrua. Pasando á poca distancia un río, dieron con los primeros moradores quimbayas. A orillas de ese río encontraron un poderoso Cacique llamado Tacurrume ó Tacurumbí, el cual le dio su nombre. Siguiendo atentamente sobre el mapa el viaje de Robledo que por Irra pasó el Cauca para pisar tierras de los Picaras, podemos, de acuerdo con el doctor Uribe Angel, colocar á Irra en la margen derecha del río Cauca y á poca distancia del río Chinchiná. Este, pues, era el río Tacurumbí. El doctor Uribe pone como límite probable al Sur el río de La Vieja, en lo que no estamos de acuerdo: 1.º Porque este río era muy conocido de los españoles, quie-

(1) Esta tribu falta en el mapa del señor Manuel María Paz.

nes le dieron tal nombre desde que llegaron á sus riberas, por una vieja que allí encontraron, adornada con muchas alhajas de oro; 2.º Porque este mismo río sólo dista unas ocho leguas del anterior, y la longitud que dan á la provincia es de quince leguas. El río de La Paila si corresponde perfectamente á la descripción transmitida por las crónicas; dista del Chinchiná quince leguas, y es, después de La Vieja, el más grande que se encuentra. Su curso es de Oriente á Occidente. Nace en la parte alta de la cordillera y tributa sus aguas al Cauca.

Hecha esta digresión, pasamos á determinar los límites exactos de la Provincia. Al Norte, el río Chinchiná, desde su origen en la cordillera hasta su desagüe en el Cauca, que separaba esta tribu de la de Irra, colocada como guión entre ella y la de los Carrapas; al Oriente, el ramal de la cordillera central que separa hoy los departamentos del Tolima, desde las fuentes del Chinchiná hasta el nacimiento del río de La Paila; toda esta parte de la cordillera en las partes empinadas era morada de las valientes tribus de los Pijaos y Putimás; al Sur, el río de La Paila hasta su desembocadura, la separaba de la tribu de los Bugas; al Occidente, el río Cauca, en su curso comprendido entre las bocas del río de La Paila y del Chinchiná. En la margen opuesta quedaba la provincia de Umbra, perteneciente á los Ansermas.

La tribu de los Quimbayas había elegido para su morada un terreno de aspecto risueño y variado. La parte alta dominada por los nevados del Quindío, á 5,150 metros sobre el nivel del mar; del Tolima, á 5,616 metros; de Santa Isabel, á 5,100 metros, y del Ruiz, á 5,300 metros (1), de donde se desprenden multitud de ríos de impetuoso curso. Las altas cumbres coronadas por picachos de nieve, cubiertas unas veces por blancas nieblas, plateadas otras por los rayos del sol y por la luz desprendida del volcán del Ruiz; las escarpadas peñas y los largos arenales, no pueden ser más pintorescos. Súrcanlo numerosos ríos, cuyas vegas son otros tantos valles, cubiertos entonces por corpulentas y enmarañadas selvas de guaduas, "tanto que no se puede andar por ellas sino es con muy gran trabajo." Las ceibas de robusto tronco y las esbeltas palmas cargadas de ramos de pijiváes, también se desarrollaban en aquellas vegas.

Entre los ríos de La Vieja y de La Paila surgen de trecho en trecho, en toda la extensión de aquella Provincia, cerros y colinas cuyas alturas coronadas de gramíneas contrastan agradablemente con el tupido follaje de las robustas guaduas.

(1) Felipe Pérez, *Geografía física y política de los Estados Unidos de Colombia*, T. II, pág. 75.

En invierno el aspecto del país cambia por completo. Los ríos, henchidos de agua, salen de madre é inundan casi todos los valles, subiendo en algunas ocasiones hasta dos metros de altura; la Provincia, sobre todo en la parte del S.E., se convierte entonces en un lago en cuya superficie, á manera de islas, se ven las colinas y los verdes penachos de las guaduas. El volcán cuyo cráter se abre entre arenas amarillentas y manchas de nieve, arroja en las noches serenas y despejadas tanta luz, que á una gran distancia puede leerse una carta. Hoy está en reposo, aunque, como pueden atestiguarlo las espesas capas de piedra pómez que se observan en los cortes de los terrenos que le avecinan, ha tenido en diversas épocas erupciones violentas. La última tuvo lugar en el año de 1595. Después de una terrible tronamenta acompañada de ruidos subterráneos y fuertes estampidos, principió á oscurecerse la atmósfera, espesos nubarrones de un color gris cubrieron el cielo, y fueron bajando en forma de ceniza y arena. A cada minuto los granos de piedra pómez iban aumentando de volumen, y esto por espacio de dos horas, al cabo de las cuales yá los pedazos que caían tenían la dimensión de granizos gruesos. Las nubes siguieron ocultando el sol á tal punto, que en pleno día no se alcanzaban á distinguir las letras de una carta. Las cenizas llegaron hasta una distancia de más de setenta leguas al Occidente, y por el Oriente hasta Mariquita, donde caían pedazos de piedra pómez aún incandescentes. Los montes y los campos amanecieron de un color tan gris como el cielo, revestidos por un espeso manto de ceniza. Anchas grietas se abrieron en varios puntos; los ríos Guali y Lagunilla crecieron extraordinariamente, saliendo de madre é inundando las márgenes con agua espesa saturada de cenizas. Los días siguientes fueron de abundantes aguaceros (1). De entonces á hoy el volcán ha estado silencioso, aunque no apagado. En toda esa región se sienten con frecuencia temblores y vense también torrentes de lava surcar por las faldas del nevado monte.

Riegan á la Provincia: el río Chinchiná, que surge de una laguna cubierta por una capa tan espesa de plantas acuáticas, que pueden soportar el peso de un hombre (2), y sus afluentes, el río Claro, que, como el anterior, brota de entre los nevados del Ruiz, y los ríos Montaña, María y Gualmaro; el río Campoalegre y sus tributarios, el San Eugenio y el Campoalegrito, cuyas ágnas toman su origen en el páramo de Santa Isabel, lo mismo que las del Otún, situado más al Sur; entre éstos corre el San Francisco; el río de La Vieja, que con el nombre de Barragán

[1] Fr. Pedro Simón, T. III, pág. 348 y siguientes.

[2] Felipe Pérez, *Geografía física y política de los Estados Unidos de Colombia*, T. I, pág. 354.

precipita sus aguas desde la cumbre del páramo de este nombre y aumenta su curso con las del río Quindío, quebrada de las Barbas y río Consota (1), que le caen por la margen derecha (2); el Quindío á su vez recibe á la derecha el río Boquía y á la izquierda los ríos Novarco y Cumberco; entre La Vieja y el río de La Paila hay una multitud de riachuelos y quebradas, siendo la de las Cañas la única que merezca mencionarse (3).

El curso de estas aguas es por lo general de Oriente á Occidente.

La tierra de los Quimbayas estaba toda ella muy bien poblada (4). Sin embargo, las crónicas no nos transmiten más nombres de caseríos que los de Taquerumbí y Bía (á legua y media de Cartago) (5).

El clima de esta Provincia, ardiente en las orillas del río Cauca, es benigno y sano en las partes altas, y va enfriándose á medida que el terreno se levanta sobre el nivel del mar. En verano goza de un cielo azul y sereno, cuya uniformidad es sólo interrumpida durante el invierno por los negros nubarrones.

Haremos, para terminar este capítulo, una sucinta nomenclatura de las especies que, según Cieza, Fray Pedro Simón y D. Manuel Antonio del Campo, representaban en esta Provincia los tres reinos naturales.

Los cnadrumanos estaban representados por la marimonda (*simia balzebutú*), el mono (*simia monacha*), y el mico (6) (*cebus variegatus*). El oso (*ursus americanus*), la nutria (*lutra vulgaris*), el león (*felix concolor*), el tigre (*felix onza* y *felix pardulis*), eran, entre los carnívoros, los que vagaban por los cañaverales. Los marsupiales tenían en la chucha (*didelphis philander*) un ejemplar que harto llamó la atención de los conquistadores: "Vi una vez una de éstas, la cual tenía siete hijos y estaban junto á ella, y como sintió ruido, abrió una bolsa que natura le puso en la misma barriga, y tomó con gran presteza los hijos, huyendo con mucha ligereza, de una manera que yo me espanté de su presteza, siendo tan pequeña y correr con tan gran carga, y que anduviese tanto" (7). Roedores existían allí, el conejo (*lepus americanus*)

(1) Este recibe las aguas de las quebradas del Chocho, de las Huertas y de las Palmas.

(2) Las quebradas de Palomina, Santa Bárbara, Pijao, Porquera, Zúñiga y Sonadora también tributan sus aguas al río de La Vieja.

(3) Las otras son de N. á S. Las quebradas de Zaragoza, Piedras, Peladillo, Pedernal, Los Micos, La Honda y Las Lajas. Son afluentes del río de La Paila las quebradas Jigual y Pita.

(4) Crónica del Perú. Pedro Cieza de León, C. XXVI.

(5) Fr. Pedro Simón, T. III, pág. 352. Sardella dice que había allí sesenta cacicazgos.

(6) El padre Murillo.

(7) Cieza de León, pág. 376.

y la guagua (*dasyprocta cristata*). Los paquidermos tenían en la danta (*tapirus americanus*), el saíno (*dicotilus labiatus*), “que tiene el ombligo en el espinazo” (1), y el tatabro (*dicotilus torcuato*), tres representantes. El venado (*cervus mexicanus*) era único entre los rumiantes.

La suave armonía de los gorriones alegraba mañana y tarde las florestas de guaduas. Eran de notarse especialmente el cardenal (*tanagera cardenal*), el cucarachero (*regulus*) y el tordo (*turdus musicus*). Lucían sus ricos plumajes tan codiciados de los indios los trepadores: loros (*psittacus damicella*) y los tominejos (*tenuirostros frochilus*).

Entre las malezas se deslizaban las siguientes gallináceas: la perdiz (*tetrao perdix*), la guacharaca (*ortolida squamata*), el paujil (*curas alceator*), la pava (*penelope cristata*). Ornato de las ciénagas eran los zancudos, los chorlos (*parratanaca*) y las garzas (*ardea alba*); los palmípedos; el pato (*anas*) y el ganso (*anas anser*). Los ofidianos estaban representados por “una culebra pequeña de mucha ponzoña” (2), la víbora común (*vipera aspis*), y los peces, por el bagre (*silurus bagre*), la sardinata (*clupea encrasicolus*), el capitán (*mujil capito*), el pataló ó getudo, el bocachico, el barbudo (3) y multitud de peces voladores.

Entre la infinidad de insectos que, gracias á la humedad y al calor, pululaban en aquella región, contaremos las abejas (4), que fabricaban sus panales cuajados de deliciosa miel en las aberturas de los troncos de las ceibas. Había colmena de éstas que pesaba más de media arroba (5).

En el reino vegetal citaremos el ají, pimienta ó chile (6), el arroz, las habichuelas, el cacao (7), el frijol (8), el maíz (9), etc., que todos entraban en la alimentación de los Quimbayas. El tabaco (10), del que hacían igualmente uso en sus fiestas.

De los árboles de madera preciosa ó de tinte, los principales que tenían eran: la guadua (11), que utilizaban mucho en sus construcciones; la ceiba (12), el cedro (13), el guayacán ó palo santo (14), el nogal (15), etc. Plantas medicinales como el drago, “que destila un licor

(1) *Compendio histórico de la fundación, etc., de la ciudad de Cartago*, por D. Manuel Antonio del Campo y Rivas.

(2) Cieza de León, pág. 377.

(3) Manuel A. del Campo, pág. 28.

(4) *Himenoptero. Apis mellifica*.

(5) Cieza, pág. 376.

(6) *Capsicum annum*.

(7) *Theobroma cacao*.

(8) *Phaseolus*.

(9) *Zea mais*.

(10) *Nicotiana tabacum*.

(11) *Bambusa arundinácea*.

(12) *Bombax ceiba*.

(13) *Larix cedrus* y *juglans nigra*. Las variedades del cedro las conocían antes con los nombres de cedro macho y cedro hembra.

(14) *Zigophyllum arboreum*.

(15) *Juglans regia*.

como sangre y se hace uso de él para fortificar la dentadura, y el palo de cruz, que por dondequiera que se corta da esta forma perfecta con sus colores. Otras purgantes como el piñón ó avilla y aceite de María, y Caraña" (1). Plantas útiles en la industria, como son: el algodón (2), el cancho y los magneyes (3).

Abundaban especialmente los árboles frutales: aguacates, paitas ó curas (4), los apones (5), badeas (6), caimitos (7), cañafistolas (8), chirimoyas (9), ciruelas (10), granadillas (11), guanábanas ó cabezas de negro (12), hobos (13), guamas (14), guayabas (15), madroños (16), mamonas (17), nisperos (18), pacáes (19), papayas (20), tamarindos (21) y zapotes (22).

Las palmeras más abundantes eran los pijiváes, los cocos y corozos (23). Raíces alimenticias conocían allí las batatas ó camotes (24) y la yuca (25); el plátano (26) era también alimento muy usado.

"Tampoco escasean las plantas y yerbas medicinales, ni flores de hermosa vista y fragancia (27); los girasoles ó maravillas (28), la vainilla (29), el borrachero (30) y la tonga (31) de que hacían uso en sus fiestas y entierros."

[1] Manuel A. del Campo, pág. 29.

[2] *Gossypium arboreum*.

[3] *Fourcroya*. Nombre científico de la variedad que nosotros denominamos *cabuya*.

[4] *Persea gratissima*.

[5] *Aurora squamosa*.

[6] *Passiflora ulata*.

[7] *Cryosophyllum culmito* y *cryosophyllum excelstor*.

[8] *Cassia moschata*.

[9] *Aurora chermolia*.

[10] *Spondias mombolanus* y *spondias mombin*.

[11] *Passiflora*.

[12] *Aurora muricata*.

[13] *Spondias lutea*.

[14] *Inga lucida*.

[15] *Psidium pomiferum* y *psidium cattleianum* ó alguna *miolafea*: "es un sorbete natural ó como un gustoso manjar de leche."

[16] *Reedia madroño*.

[17] *Melicoca bijuya*.

[18] *Achras zapotilla*.

[19] Esta fruta, llamada también *copnicuiles* y *paternas* por D. Manuel A. del Campo, no hemos podido determinar cuál sea.

[20] *Carica papaya*.

[21] *Tamarindus indica*.

[22] *Achras sapota*.

[23] *Derocoma antioquiensis* y *martinesia caryotofelia*.

[24] *Convolvulus batata*.

[25] *Yatropa manihoc*.

[26] *Musa paradisiaca*, *musa regia*, *musa coccinea* y *musa sapientium*.

[27] D. Manuel A. del Campo, pág. 30.

[28] *Heliantus annus*.

[29] *Epidendrum vanilla*.

[30] *Brugmansia arborea*.

[31] *Brugmansia sanguinea*.

Del reino mineral sólo mencionaremos aquellos productos que aplicaban los indios á sus usos diarios. Había minas de oro, y los ríos eran todos muy ricos en este precioso metal (1). El cobre también lo poseían: encontrábanlo seguramente en estado nativo.

En los alrededores de Cartago la vieja, cerca del río Consota y entre algunos otros ríos, "hay fuentes de agua salada, que es cosa maravillosa de ver del arte como salen por mitad de los ríos" (2).

Como se ve, los Quimbayas habían escogido para establecerse terrenos muy hermosos, dotados por la Providencia con todos los productos naturales útiles para la alimentación, el abrigo, la industria y el lujo. Todo lo tenían en abundancia, aunque ignoraron el uso de muchos productos.

(1) Cleza de León, pág. 375.

(2) Id. id.



CAPITULO II

HISTORIA

Para escribir la historia de los Quimbayas no podemos remontar á época muy lejana por falta de documentos. Muy interesante sería seguir la tribu desde sus orígenes y saber de dónde fue desprendida y qué camino siguió, por qué sucesos pasó antes de tomar asiento en los pintorescos lugares que ocupaba.

Bien sabido es que las tribus americanas vivían en guerra unas con otras y que nunca les faltaron enemigos. Naturalmente acontecía con frecuencia que el vencido, si ocupaba terrenos que el vencedor juzgara más á propósito para sus labranzas, era de ellos despojado. Así, en todas partes donde se situaban estaban como de una manera transitoria, expuestos á ser expulsados por un enemigo más fuerte, ó asechando el momento oportuno para desalojar á un vecino que ocupara mejores tierras.

La Provincia de que tratamos estaba ocupada por otra tribu, cuando los Quimbayas, guiados por un valiente jefe, penetraron á ella á sangre y fuego, matando á todos sus habitantes. Esto tuvo lugar muchos años antes de la conquista. Los campos, cubiertos entonces de guaduales, habían sido labranzas, y allá donde se alzaban las altas ceibas y los pijiváes, estaban sepultadas las cenizas de otras poblaciones.

Es de observar que la tribu anterior á los Quimbayas era más agrícola y poseía mejores y mayor número de habitaciones (1).

Prueba la aserción de Cieza lo que se ve aún en las tierras bañadas por el río de La Vieja: allí hay caminos que conducen á las necrópolis, y otros que llevan á lugares donde existen vestigios de muy antiguas plantaciones. La raza anterior á los Quimbayas era más fuerte, más aguerrida y agrícola; en cambio menos artista y menos rica. En algunos sepulcros se han encontrado huesos que, á juzgar por sus di-

(1) Cieza de León.

mensiones, pertenecieron á individuos de cuerpo mucho más alto, y si se atiende á su aspecto, son muy anteriores á los que se hallan en los ricos sepulcros de los Quimbayas.

En los primeros no hay objetos de oro. Esto prueba que pertenecieron á la raza destruida por los Quimbayas. Creemos igualmente que las piedras agujereadas de que trataremos en el capítulo relativo á las industrias, no fueron fabricadas por los Quimbayas, sino por sus antecesores. ¿ Con qué fin ? ¿ Sería simplemente para orientarse en sus carcerías ? ¿ Con el de señalar límites á sus señoríos ? ¿ Serían esas piedras objeto de algún culto ? Todo esto, lo confesamos, es un problema para nosotros.

Los Quimbayas, pues, hacía poco tiempo que ocupaban la bella provincia que bañan el Cauca y el río de La Vieja. Indudablemente fueron desprendidos de otra tribu, y nosotros creemos que venían del Norte y que hacían parte de la rica nación de los Zenúes, de donde han podido llegar ya sea embarcados por el Cauca, ya por la cordillera. Y no se crea que esta última vía sea de desecharse. Cuando César salió del Zúmu, los guías indígenas que de allí traía lo llevaron por este camino en busca de ricas tribus, y maliciosamente, sin duda, lo hicieron pasar á un lado de la Provincia de que tratamos.

Otra prueba más de que pudieran haber llegado por la cordillera es la semejanza que presentan los objetos hallados en *Samarraya* (1) con los encontrados en sus tierras. Véase la lámina II, los zarcillos y otras alhajas de oro de la lámina III del catálogo del Cauca.

Los Zenúes tenían por tradición que en lejanos tiempos tres demonios habían venido á gobernar los tres Zenúes, y el culto que tributaban á Satanás, las representaciones que de él hacían, el ascendiente que tenía el mohán, etc., son todos puntos de contacto entre éstos y aquéllos.

Enumeraremos algunas otras semejanzas que existían entre los dos pueblos.

Fueron los Zenúes y los Quimbayas de los únicos que no recibieron á los españoles á mano armada, y más tarde los que más fácilmente doblaron la cerviz al yugo: eran unos y otros poco guerreros. La Cacica del Zenú estaba entregada al lujo y al boato; sus departamentos veíanse tapizados de fino esparto; tenía ricas hamacas á donde subía poniendo como escalón las espaldas de dos doncellas desnudas; los señores Quimbayas eran muy regalados y amigos del buen vivir, poseían muchas mujeres y bebían su vino en vasijas de oro; eran, pues, dados

(1) Lugar situado sobre la falda de la cordillera, al N. O. de la provincia de los Quimbayas.

á la molicie. Ambas tribus tenían oro en su suelo y no sabían explotarlo, lo obtenían por canje con las tribus sus vecinas, los primeros por hamacas y los últimos por sal. Sin embargo, en el trabajo del oro pasaron á ser maestros. El Zenú fue para los españoles lo que la provincia Quimbaya para los antioqueños que han explotado sus sepulcros. De allí sacaron cuantiosas riquezas en oro, alhajas, animales, etc.; de aquí han sacado tesoros como los que describiremos, también formados de adornos, grandes y pequeños animales, etc. Fray P. Simón dice que en el Zenú encontraron oro por quintales, en figura de animales acuáticos y terrestres, "dardos y tiraderas con arcos y hierros de oro, fotutos, cascabeles, vasijas de distintas hechuras, etc." El modo de cavar sus sepulcros era idéntico; tómese, si no, la relación hecha por Fray P. Simón (1), y compárese con la que hacemos más adelante en vista, no yá de las crónicas sino de las mismas guacas descubiertas: cuando enterraban á un gran señor, botaban la tierra que extraían de la fosa y la reemplazaban por tierra vermeja que traían de una colina algo distante: para los guaqueros, en las tierras que fueron quimbayas, es indicio de riqueza de un sepulcro encontrarlo cubierto de tierra de un color distinto á la que forma las paredes; unos y otros colocaban el cadáver con la cara mirando al Oriente y lo envolvían en arcilla blanca.

En una profunda guaca inclinada, con escalones, hallaron los españoles grandes riquezas (2): la bóveda estaba cubierta por una gran losa de piedra: esta descripción corresponde exactamente con la que hacemos de la guaca de *resbalón* en el capítulo *Entierros*. Las ideas sobre la otra vida, etc., eran iguales en las dos tribus.

Enterraban con los señores á sus principales esclavos y favoritos en bóvedas colocadas en las paredes de su sepulcro; los Sinúes ponían al lado del cadáver vasijas de barro con mazorcas que carbonizaban á fuego lento; en las guacas quimbayas, y únicamente en éstas, se han hallado vasijas con mazorcas carbonizadas (3).

Si agregamos que unos y otros eran antropófagos en las grandes solemnidades, que su vestido para pelear era el mismo, etc., no nos queda duda de que los Quimbayas vinieron del Zenú. Estos tienen también mucha semejanza con la tribu del Cacique Comagre, al extremo N.E. del Istmo. Tal vez más tarde, á medida que se pueblen aquellos terrenos casi desiertos, buscando en los sepulcros las huellas de los antiguos habitantes de este suelo, podamos encontrar los eslabones

(1) Tomo III, pág. 97 y siguientes.

(2) Tomo III, pág. 182.

(3) Carta del señor Valeriano Marulanda.

de la cadena que nos señale el camino de las emigraciones americanas, que empujadas de Norte á Sur hayan venido hasta las tierras de Cartago, de donde no tuvieron tiempo de seguir conquistando, pues cuando allí llegaron los españoles, hacía poco que habían ocupado el territorio.

Haremos observar de paso que el idioma quimbaya no tenía ninguna raíz común con los que hablaban en las tribus que los rodeaban.

Los Carrapas fueron por mucho tiempo vecinos de los Quimbayas. Un día una fracción de los Armas, encabezada por un cacique de nombre Irrúa, penetró por el valle situado á la margen derecha del Chinchiná, rechazando á los Carrapas y Quimbayas y quemando sus habitaciones hasta posesionarse de las tierras necesarias para establecerse con los suyos (1).

No fue esta la única guerra que tuvieron que sostener los Quimbayas, en constante desacuerdo con los Pozos, Armas, Picaras, Carrapas, Paucuras, Putimaes y Pijaos, aliándose unas veces con unos, otras con otros, para más tarde combatir á los mismos que anteriormente los habían auxiliado.

Lleguemos á la conquista. César, en su larga y aventurada peregrinación desde las costas de las Antillas, pasó á un lado de esta Provincia, por la de los Umbras (2), ignorando su existencia.

A Robledo tocó pisar por primera vez estos enmarañados terrenos. Saliendo de Arma llegó por el Oriente á tierras de Maitamac. De aquí pasó á la provincia de los Quimbayas. Los atrevidos aventureros españoles, aunque acostumbrados á desafiar la crudeza de las estaciones, el hambre y la aspereza de los caminos, vacilaron en penetrar en aquellos juncuales entre los cuales se abrían paso con suma dificultad. Nada esperaban encontrar entre las intrincadas malezas donde no se veían señales de vida humana. Sin embargo, Robledo no quería dejar terreno atrás sin explorar. Envió á Suer de Nava al Sur, y él se dirigió al Norte. El Cacique de Tacurumbí salió á su encuentro y le obsequió con un gran vaso de oro primorosamente labrado, del contenido de dos azumbres de agua y pesaba 300 castellanos. A su turno Suer de Nava regresó cargado de oro y haciendo grandes elogios de las riquezas que encerraba aquella Provincia. Esto acontecía en 1540, y en el mismo año, á orillas del río Otún, fundó Robledo la primitiva ciudad de Cartago, de la cual fue primer Gobernador Suer de Nava.

Muchas fueron las causas del aniquilamiento completo de aquella

(1) Cieza de León.

(2) Llamada después Anserma.

raza. Unos lo atribuyen al duro trato que les daban los conquistadores llevándolos á las minas, donde les imponían un trabajo muy superior á sus fuerzas. La causa principal no fue aquélla. Los arcabuces españoles y el mal trato de los mineros suprimieron muchas existencias, pero no fue aquél el más desolador de los azotes. Después del paso de Robledo tuvieron varias guerras, entre otras con los Putimaes, que se comían la carne de los que hacían prisioneros; las pestes de viruela que los acometieron en distintas ocasiones, y en especial la de 1592, los destruyeron en gran parte. Los que quedaron se retiraron á la montaña, donde fueron sacrificados por los Pijaos.

En el transcurso de los diez últimos años han cavado numerosas sepulturas en varios puntos, principalmente en las inmediaciones de Pereira, de San Francisco, el valle de La Vieja, y últimamente Montenegro, Finlandia y Calarcá, cerca de Salento.

Esta Provincia permaneció olvidada durante la colonia, y los terrenos entonces desmontados se cubrieron de nuevo de selva virgen. Atrevidos antioqueños penetraron allí hace pocos años fundando poblaciones y rozando el fértil valle que baña el río de La Vieja. A ellos corresponde el honor de haber descubierto ricas guacas que quedaron ocultas por siglos en esa despoblada región.

La colección comprada por el Gobierno ha sido llamada por algunos tesoro de Calarcá, pero esta denominación es muy inexacta. Calarcá fue un jefe valiente, audaz é inteligente, que por largos años atrincherado en inaccesibles posiciones de la cordillera, en Barragán, á la cabeza de sus valientes Pijaos, rechazó siempre las tropas españolas que querían reducirlo. Muerto este jefe, sus desanimados compañeros fueron sometidos por Domingo Lozano el año de 1585 (1). Otros le han dado impropriamente el nombre de tesoro sacerdotal.

Nada más agregamos á este rápido bosquejo, ni queremos entrar en detalles relativos á la fundación y traslación de la ciudad de Cartago, por salir de los límites de este estudio.

(1) *Historia del Reino de Quito*, del P. Juan de Velasco, T. III, pág. 14.

CAPITULO III

RELIGIÓN

Los Quimbayas no tenían creencia ninguna (1), ni templos, ni ídolos. Nunca le rindieron culto ni á los astros, ni á los animales, ni á las plantas. Supersticiosos como todos sus vecinos, recibían de boca de sus mohanes el vaticinio, indicio de ventura ó de desgracia, que sacaban de aquellos fenómenos naturales que no alcanzaban á comprender. El paso de un cometa, los eclipses, temblores, ruidos subterráneos, eran presagios funestos ó de buen agüero.

Los hechiceros, al mismo tiempo agoreros, gozaban de inmunidad completa. Si alguna vez sus horóscopos resultaban errados, lo cual era raro que sucediera por explicarse siempre con suma vaguedad, no los culpaban á ellos sino á algún espíritu maléfico que los había destruído. Su poder era grande en la tribu é independiente de el del Cacique. Eran los voceros del Demonio, á quien temían, respetaban é invocaban.

Al tratar de muchas de las costumbres de los Quimbayas, siendo tan pocos los documentos que acerca de ellas nos brindan las crónicas, nos referiremos frecuentemente á las de sus vecinos. A esto nos autorizan el símil que podamos hallar en algunos de sus objetos y lo que dicen Cieza, Fr. Pedro Simón y Oviedo, de la gran semejanza que en sus costumbres existía entre los Quimbayas y sus vecinos.

Siempre invocaban al Demonio en la oscuridad y le llamaban por medio de prácticas supersticiosas (2). Revestía figuras aterradoras cuando se les aparecía, y hacían de él representaciones de madera y de metal.

En la puerta del cercado de uno de sus caciques hallaron los conquistadores hombres de madera de tamaño natural: el rostro miraba al Oriente, y sus caras eran *espantables*, tales, dice Cieza, como el Demonio se les aparecía.

(1) Cieza, pág. 376.

(2) Id., pág. 371.

Si los hechiceros eran los sacerdotes de su culto, los únicos que podían invocarle, no por eso Satanás desdeñaba contestar las preguntas de las personas que en su presencia le pedían consejo. En sus aras quemaban las menudas hojas producidas por una planta pequeña de flores blancas y negras (coca). Creemos que la figura 7 de la colección era uno de estos incensarios (1). Es una cabeza humana. Los dibujos de la cara que le sirven de respiradero, indican los dibujos adoptados para embijarse. Cuatro rayas cruzan el rostro de una á otra oreja pasando por debajo del labio inferior. Esta misma pintura podrá verla el lector en la cara de la figura 29, de barro. Tiene anillos para suspenderla y una tapa que representa una culebra enroscada con cara caprichosamente labrada y su respectivo aro para ser levantada. Lleva las orejas agujereadas.

Entre las figuras encontradas en tierras que pertenecieron á los Quimbayas, y que algunos han llamado impropriamente ídolos, hay dos series distintas pertenecientes á la colección Vicente Restrepo, que no pueden ser sino representaciones del Demonio ó de los mohanes. Ídolos no son, puesto que no tenían creencia ninguna. Cieza, que estudió detenidamente esta tribu, y Oviedo, que nos transmite las relaciones recogidas de boca de Robledo, están acordes en asegurar que allí no poseían ídolos pero sí representaciones del Demonio.

El número 64, el más grande de todos (22 $\frac{1}{2}$ centímetros), pesa 87 gramos (2). La cabeza disforme (la distancia de los pómulos es casi doble de su largo total), humana, pero de aspecto fiero, con ojos brotados y una enorme boca saliente cuyos labios bien separados ponen en descubierto diez y nueve dientes; tiene una expresión de feroz brutalidad. Del contorno de ella se desprenden como llamas ó rayos de luz, y dos de ellos á manera de cuernos. El cuerpo, formado por una plancha de oro recortada en una forma que pudiéramos asimilar á la de una rana con las patas abiertas, ó á la de un mono con larga cola terminada en doble punta y enroscada simétricamente á uno y otro lado, nos representa sin duda el modo como se aparecía el diablo á los indios de Pancura: "en figura de indio y los ojos muy alborotados." Tiene atrás, para ser colgada, como casi todas las figuras que describimos, una argolla soldada por donde la suspendían.

Los rayos que adornan la cabeza han sido reemplazados en la figura 65 (3) por dos orejas monstruosas. La cara, de forma cuadrada, tiene

(1) Tiene 12 centímetros de largo; pesa 593 gramos, y es de oro fino de 0'900 de ley.

(2) Ley 0'700.

(3) Pesa 69 gramos, su ley es de 0'700 y mide 14 centímetros.

más de humana que la anterior, pero su expresión es como más terrible, más brotados los ojos y más abierta la boca. La argolla de atrás es doble: son dos aros, fijo el uno y libre el otro en el interior de éste. Oviedo dice (1) que los indios solían pintar ó representar al Demonio con "desmesuradas orejas."

Otra figura como mariposa (número 66) (2) tiene una cara semejante á la anterior: posee dos como cuernos en el puesto de las antenas.

El número 69 tiene una cara más apacible: seis rayos de oro (tal vez gorro de plumas) adornan su cabeza.

Las figuras 67 y 68, idénticas, son repetición de la anterior; no tienen en la cara dibujada ninguna facción, y en la cabeza llevan el mismo adorno semejante á los cuernos de la figura número 1.

Más interesante aún nos parece la serie que principia con el número 82 (3). Representa una figura fantástica sentada. De su cara de vampiro se desprenden en lugar de orejas dos alas (probablemente de plumas). La cabeza está cubierta por una diadema coronada por dos vasijas redondas, de cuyo extremo inferior se desprenden dos plumas. Sobre sus piernas lleva una vasija y en las manos dos varillas de oro terminadas en bolas que dirige hacia la boca. Por todo adorno y único vestido tiene una ancha patena sobre el pecho.

La figura 81 (4), más imperfecta, con las piernas más largas y con las dos varillas en forma de báculo, pegadas de la boca, tiene los mismos atributos.

Otra más pequeña (número 83) (5), preciosamente labrada, con alas en lugar de orejas, y otra, más pequeña aún (número 85) (6), cierran esta serie, á la que podemos agregar la que lleva el álbum de Stübel (7), que impropriamente coloca como proveniente de Sogamoso, y otra copiada por el doctor Uribe Angel (8) con los mismos atributos.

Al número de representaciones del Demonio ó más bien de algún mohán, pertenece la figura 80 (9), sentada como las anteriores. Su corona tiene un penacho encima: las alas de las que hemos descrito atrás, están reemplazadas en esta última figura por una prolongación, cuyo extremo, de cada lado, termina por el cuerpo de un ave. En las manos tiene asidas, á la altura del pecho, pero separadas de él, dos chagualetas.

(1) T. I, C. I, pág. 125.

(2) Ley 0'800. Dimensión, 8 centímetros.

(3) Ley 0'850. Dimensión, 7 centímetros. Peso, 132 gramos.

(4) Ley 0'250; mide 7 centímetros.

(5) Ley 0'300. Mide 5 centímetros.

(6) Ley 0'800.

(7) *Kultur und Industrie Sudamerikanischer Volker*. Stübel, W. Reis, B. Koppel. Plancha 21, fig. 7.

(8) *Geografía general del Estado de Antioquia*, L. XXVI, fig. 77.

(9) Ley 0'780. Mide 4 centímetros.

Mil relaciones curiosas existen sobre las espantables apariciones del Demonio. Referiremos dos de ellas que, según cuentan, tuvieron lugar en tiempo de la conquista:

A legua y media de la ciudad de Cartago existía un caserío de indios llamado *Bia*, donde quedaban los pocos súbditos del gran Cacique del mismo nombre, que habían escapado á las plagas que los azotaron.

A una mujer de aquel lugar se le apareció el Demonio; ésta puso el hecho en conocimiento de su esposo, el que lo comunicó á su Cacique. Juntos evocaron al negro espíritu; se les apareció y pidió le entregaran la hija, india ladina de diez y seis años de edad. El Demonio durmió con ella y se le encaramó en los hombros, puesto que no abandonó durante tres meses; la india lo llevó á cuestras de pueblo en pueblo. Esto pasaba en 1603. El Cacique hizo levantar un bohío al Demonio, atribuyendo este atentado á una venganza diabólica por haber abandonado su culto. Allí Satanás se les aparecía; se sentaba sobre una sillita muy bien pintada, colocada sobre una estera, y les peroraba, asegurándoles que él era el verdadero Dios, y en prueba de ello les dio semillas de maíz y de ahuyamas, que germinaron en tres días. Les conjuró no se volvieran á dejar bautizar y que él les ayudaría en la guerra de los Pijaos y Putimaes. En cuanto á los españoles,—les decía—bastaba con que dos indios durmieran en el cuartel en que posaban para salir de ellos, y untar los frenos de cierta yerba para matar los caballos. Un sacerdote que penetró al bohío conjuró el maligno peligro. La infeliz india murió á poco tiempo. Sobre una pierna tenía grabada con fuego una pata de gallo (1).

Terminaremos con otra relación copiada del mismo autor (2).

En el año de 1596, cerca de Cartago, estaban los indios sacando sal. De repente, y sin saber de dónde venía, en pleno día, se apareció un hombre alto. El vientre, abierto, presentaba una cavidad del todo vacía. En sus brazos traía dos niños. Anuncióles que pronto mataría á las mujeres de los cristianos y á muchos de entre ellos. Diciendo esto desapareció. A pocos días le vieron en distintos puntos de la provincia, atravesando el espacio en un caballo, con la velocidad del viento. Cierta ó nó su profecía, se cumplió, sobreviniendo en esta época una gran peste de viruelas que diezmió la población.

(1) Fr. Pedro Simón, T. III, págs. 353 y 354.

(2) T. III, pág. 547.

CAPITULO IV

GOBIERNO

A la llegada de los españoles á esta Provincia había en ella muchos Caciques ó señores que en tiempo de guerra, ó con ocasión de sus grandes bebezones, se reunían para obrar de acuerdo ó regocijarse en numerosa compañía. Casi todos desaparecieron en los primeros albores de la conquista.

Cada Cacique era amo y señor absoluto en el pueblo ó caserío que tenía á sus órdenes; todos ellos obedecían y eran tributarios de uno, el más rico y poderoso.

Tacurumbí era el jefe principal, hombre entregado á la molicie, dado á los placeres, y poco amigo de empuñar las armas; prefirió mandar á los conquistadores emisarios de paz á recibirlos á mano armada á la cabeza de su ejército.

Grande debía ser el lujo desplegado por aquellos Caciques si juzgamos por los valiosos obsequios que hicieron á los españoles, y por las considerables riquezas que con ellos sepultaban. Cuando se reunían en consejo, además de las alhajas que en estos casos llevaban los ancianos y guerreros, más ricas y labradas con más esmero, se ponían corona, placas de oro sobre el pecho y la espalda y empuñaban el cetro. No podemos dar otro nombre á las figuras que pasamos á describir. Pudieran tal vez haber servido algunas de ellas como insignias del mohán; en cualquier caso no nos explicamos por qué todos terminan en punta en la parte inferior. De éstos, unos tienen figuras humanas, más ó menos perfectas; otros, figuras de animales un tanto fantásticas, y otros un simple platillo de oro.

Entre los cetros se observan dos muy semejantes (figuras 15 y 17) (1), terminados en su parte superior por dos figuras humanas.

(1) Tiene el primero oro de dos leyes: 0'500 y 0'850; pesa 156 gramos y mide 31 centímetros. El segundo es de oro de 0'500 y 0'850; pesa 144 gramos y mide 32 centímetros.

La cabeza cubierta por una montera, las plumas que los cubren desde la cintura hasta la rodilla, y sólo visibles por detrás, los atributos que llevan en las manos, y un animalito (perro montés probablemente) que cargan á la espalda, son de oro de 0'850 de fino, lo mismo que algunos de los anillos que adornan el cetro; los demás adornos, la parte lisa ó bastón, el cuerpo del individuo y la montera, son de ley muy inferior. Esta mezcla en el título del oro, y por consiguiente en los colores, hace más vistoso el objeto, dándole mayor realce á las partes más interesantes.

En la mano derecha de la figura que lleva el número 18 (1) vemos el mismo atributo que de la misma mano tienen asidos los anteriores; también, como ellos, lo acerca á la boca, tomando la actitud de quien quiere sacar de él algún sonido. Es quizás un instrumento de música. En la mano izquierda empuña un haz de flechas. Una gran corona terminada por un alto penacho le cubre la cabeza; sobre la espalda lleva algo que no hemos podido definir.

La figura 16 (2) parece á primera vista la de un indio armado de pies á cabeza. A ésta la cubre un casco macizo. En el vestido tiene algo que recuerda los anillos de la culebra, lo mismo que en un objeto largo, que con las dos manos acerca á la boca; tal vez sea un fotuto ú otro instrumento de viento.

Las figuras 19 (3), 20 (4) y 127 (5) tienen todas un ave en la parte superior. Las dos primeras están un poco achatadas. La del número 19 es un panjil de buen oro, como lo es el de algunos de los otros adornos del cetro. La cresta, las alas y la parte no labrada, son de oro de más baja ley. De mejor trabajo aún nos parece el ave airoosamente posada sobre uno de los cetros en la lámina 47. Las aves colocadas sobre los cetros 20 y 127 parecen más bien representar aves de rapiña de alta y elegante cresta.

Cada una de ellas está de pie sobre una figura fantástica, triple monstruo de enorme boca, brazos abiertos y piernas. Cubriendo media figura por la derecha ó por la izquierda, se observa al lado opuesto otra figura vista de perfil.

Un cuadro perfecto, lo más completo como conjunto y que revela el desarrollo de la imaginación del pueblo de que tratamos, es el grupo

(1) Pesa 49 gramos; su ley es de 0'600 y mide 30 centímetros.

(2) Pesa 79 gramos; ley, 0'600; largo, 25 centímetros.

(3) Pesa 207 gramos; tiene oro de dos leyes: de 0'600 y 0'800, y su largo es de 32 centímetros.

(4) Pesa 131 gramos; es de 0'600 de ley, y tiene 40 centímetros de largo.

(5) Colección del señor Vicente Restrepo. Pesa 119 gramos; tiene de ley 0'600, y de largo 35 centímetros.

artísticamente trabajado que corona el cetro de la lámina 27. No creemos que sea esta obra de capricho, algo quiso significar el artífice, allí ensayó imprimir una idea simbólica ó grabar algún recuerdo. Son dos monos volviéndose las espaldas, en actitud de inmovilidad; están como aterrados, y sin atreverse á hacer uso de sus manos para defender de las garras de un ave de rapiña á un monito que se aferra á ambos. El autor era observador, pues puso especial esmero en las colas de los tres cuadrumanos, que enlazan al monito, á una de las patas del ave y á otro de los monos, y en las cuales reside toda la resistencia que oponen al invasor. Los pechos de los tres animales más grandes y los ojos del ave están formados por tres bolas de un oro más rojizo, achatados y pulidos, que dan mayor realce al conjunto.

Los números 21 (1), 22 (2) y 128 (3) son de fabricación mucho más sencilla. Tienen por único adorno un platillo en la parte superior.

En la colección del señor D. Vicente Restrepo hay dos objetos de oro (figuras 129 (4) y 131 (5), muy pesados y de forma sencilla. Tienen en la parte superior la boca de una abertura profunda, pero cuyo diámetro es apenas suficiente para dar cabida á los cetros descritos. Fueron encontrados en el mismo sitio que algunos de éstos, y creemos sirvieran para colocarlos.

Las coronas eran siempre fajas de oro, tan flexibles, que pueden envolverse en un cilindro delgado sin peligro de romperlas: casi todas tienen en sus dos extremos aberturas por donde pasaban el hilo con que las aseguraban en la parte posterior de la cabeza.

La figura de la lámina 185, curiosamente labrada, con dibujos geométricos en relieve, tiene sobre la parte anterior un penacho con una cara pequeña en el centro. Junto con ésta fue hallado el círculo de oro de la lámina 186: con su respectivo adorno, que debía quedar sobre la frente. No eran estas dos coronas distintas: una vez colocada la primera, ponían la otra por encima y la introducían forzándola un poco para ajustarlas ambas.

En la misma localidad fue hallada la otra que trae la lámina 185, con un tejido en relieve, imitando las que hacen de juncó. A ésta la aseguraban con otro círculo (lámina 186), simple aro de oro macizo, sin adornos.

(1) Pesa 160 gramos; ley 0'600; mide 52 centímetros de largo.

(2) Pesa 79 gramos; ley 0'600; mide 32 centímetros de largo.

(3) Pesa 217 gramos; ley 0'600; mide 53 centímetros de largo.

(4) Pesa 916 gramos; ley 0'580; mide 14 centímetros de alto.

(5) Pesa 291 gramos; ley 0'580; mide 12½ centímetros de alto.

La figura 14 (1) tiene arriba y abajo en toda la superficie dos líneas repujadas á cincel con el relieve hacia afuera. En los costados, en cada uno, dos solideos encerrados por una línea y un círculo de puntos; todo repujado.

Las placas que usaban los caciques en sus reuniones y los soldados en el combate, se encuentran frecuentemente en los sepulcros indígenas. En la última Exposición Universal figuraron dos de éstas halladas en la misma gnaca (patenas de las láminas 185 y 186).

Creiendo que aquellas patenas habían debido pertenecer á dos individuos, aunque encontradas en un mismo punto, se sacaron dos fotografías, un indio y una india, que no hemos querido reproducir por ser su tipo muy distinto al de los Quimbayas y no llevar estas alhajas de un modo conforme á lo que nos enseñan las crónicas. Wafer nos dice en sus *Viajes* que estando en el Darién había asistido á un Consejo de indios y que el capitán llevaba puestas dos placas, una sobre el pecho y otra en la espalda, suspendidas ambas por hilos que colgaban de los zarcillos. Esta costumbre de presidir sus consejos con doble placa, la tenían los caciques de varias tribus.

Las mencionadas patenas son muy semejantes. En el centro de un círculo en relieve, trazado sobre una lámina de oro de la misma forma, está encerrado un busto curiosamente repujado. Este busto, en una de las patenas, lleva sobre la cabeza una corona como las descritas anteriormente, mientras que un adorno en forma de bonete cubre á la otra. Uno y otro vienen á terminar sobre los costados en dos espirales que ocultan y reemplazan las orejas. Las caras, bastante expresivas y bien hechas, están formadas únicamente por la línea inferior de la corona ó bonete, las espirales y dos líneas casi rectas que se juntan en una pequeña curva que forma la barba. Dos diminutas elipses forman los ojos, y una línea recta la nariz, con una argolla redonda que tapa la boca. De cada lado del busto, á distancias iguales y paralelas á las líneas que forman el contorno facial inferior, hay otras cuatro, unidas como aquéllas, y que vienen á formar collar. La penúltima de ambos lados termina en punta de flecha y la última en doble punta y ancha franja de líneas paralelas que le dan la forma de estandarte.

Bajo los números 25 y 26 aparecen cuatro patenas de oro. Las dos primeras tienen un reborde de puntos repujados. Está en el centro de la primera un individuo en pie con las manos sobre el pecho, sin más adorno que ceñidores en los molledos y en las rodillas, y con pies como patas de ave; en la segunda aparece una figura como de un mono con

(1) Pesa 210 gramos; ley 0'850; 18 centímetros de diámetro.

doble cola y piernas y brazos cubiertos, y debajo de cada uno de ellos un ave de caprichoso dibujo.

Con estas descripciones nos hemos distraído del gobierno y de sus representantes. Los Quimbayas reconocían las jerarquías y las respetaban. Eran sus herederos los sobrinos por hermanas.

A la muerte del Cacique quemaban su cadáver junto con los objetos que le pertenecían. Esto nos explica por qué en los túmulos no se han encontrado armas y tan pocos objetos de madera, que el fuego fácilmente reducía á cenizas; en cambio el calor no era suficiente para fundir el oro, y por eso aquellas alhajas escapaban á la voracidad de las llamas. En algunas de ellas, sin embargo, tal vez en aquellas que quedaban más cerca del cadáver, se ve un principio de fusión (1). Las cenizas las ponían en moyas de barro de forma elegante y bien dibujadas ó en urnas de oro. Al Cacique lo enterraban con una ó más de sus esposas, sus principales esclavas y figuras de oro que probablemente lo representaban á él ó á alguno de sus antepasados.

Al describir estas figuras haremos algunas reflexiones generales. Todas ellas tienen la cabeza cubierta por una montera. No llevan más vestido que el que les dio la naturaleza, poniendo especial esmero en el dibujo de los órganos sexuales de los hombres. Tienen pulseras de tres y cuatro hilos, menos la figura 6, que está desprovista de ellas, y la de la lámina 186, que las tiene de ocho hilos; las de la figura 1 son de tres hileras de canutillos de oro. Llevan en las rodillas y la garganta de los pies ceñidores de tres, cuatro y cinco hilos; los de las figuras 1, 6 y 183 son formados por canutillos. Están con gargantillas.

La figura número 1 (2) es la representación de un indio en pie. Los miembros bien desprendidos, la perfección de las formas, sus bellas proporciones y el buen uso de las curvas, demuestran en esta y en las demás figuras el grado de adelanto que había alcanzado en el trabajo del oro la tribu de los Quimbayas. La figura que describimos es hueca, de buenas facciones. Los ojos cerrados y un poco sesgados. Tiene 14 argollas colocadas de arriba á abajo en toda la línea exterior del pabellón de una de las orejas, y 13 en la otra. La nariz, la boca y la barba son de un dibujo correcto. Lleva las manos apoyadas sobre el vientre.

La figura 2 (3), igualmente en pie y hueca, tiene sobre la montera una tapa con aro para suspenderla. Los ojos cerrados son más oblicuos que los de la anterior. Sólo tiene seis aros en cada oreja, nariguera y

(1) Véanse las figuras 31 y 71.

(2) Pesa 629 gramos, su largo es de 26 centímetros, y su ley de 0'720.

(3) Pesa 230 gramos; ley 0'800; largo 14½ centímetros.

un disco pequeño suspendido al collar. Tiene las manos en la misma posición que el número 1.

El número 3 (1) lleva continuada la línea de los ojos hasta las orejas, adornada cada una con ocho aros. Debajo de ellas pasa otra línea, prolongación de la boca. Estas dos líneas representaban los dibujos que se hacían con bija. En cada mano empuña un haz de plumas. Le damos esta interpretación porque su dibujo, que se repite en muchas otras figuras, corresponde siempre á adornos de plumas.

Muy semejante á ésta en su posición, atributos, dibujo, etc., es la figura de la lámina 183. Esta la vimos en la última Exposición Universal. De la parte superior de la montera se desprende un adorno que también creemos fuera de plumas. Fórmalo una ancha lámina de oro enroscada en forma circular y primorosamente labrada, y al rededor de ésta las espirales que creemos imitaban las plumas. Las facciones, especialmente la boca, no tienen la perfección de dibujo que observamos en las demás.

El número 4 (2) representa á una cacica sentada sobre un alto tronco. Su expresión es muy apacible, las facciones suaves y bien dibujadas. Siete aros le adornan cada oreja, y tiene una nariguera pequeña. Lleva en las manos haces semejantes á los de las figuras 3 y 183.

Siete argollas con la abertura para afuera tiene en cada oreja la figura 5 (3). Prolongación de los ojos y la boca con líneas como en la figura 3. Es hueca y de formas macizas. En el pecho lleva una urna semejante á la del número 51; está sentada en un duho de asiento cóncavo y con cuatro pies.

La figura 6 (4), aunque de muy bonito pulido, no está tan bien proporcionada como las anteriores: la cara es demasiado grande y el vientre muy prominente. Lleva ocho argollas en cada oreja. Las manos las tiene puestas sobre el estómago. El asiento de forma cuadrangular y de elegantes adornos, tiene las patas unidas. Dos aros soldados sobre los hombros nos hacen creer que esta figura la usaban suspendida.

Agregaremos á éstas el número 88 (5), representación de algún viejo cacique ó hechicero. El sujeto es bastante obeso y tiene cubierta la cabeza por una gorra; la nariz agujereada, los brazos macilentos, la boca abotagada, las dos líneas que surcan sus mejillas, su obesidad misma, todo indica que tenemos en presencia un viejo indio. El asiento con un espaldar largo termina á la altura de la cabeza en una espiral enros-

-
- (1) Pesa 510 gramos; ley 0'900; largo 21 centímetros.
 - (2) Pesa 1,150 gramos; ley 0'560; largo 59½ centímetros.
 - (3) Pesa 528 gramos; ley 0'600; largo 17½ centímetros.
 - (4) Pesa 525 gramos; ley 0'600; largo 17½ centímetros.
 - (5) Ley 0'550.

cada para atrás, y abajo se confunde con los pies del individuo. Lleva en las manos, á la altura de los hombros, dos como campanillas con larga colgadera, y otra atrás del asiento. Es de admirar la perfección con que está labrado este pequeño objeto que sólo pudo salir de manos de un buen artista.

Al hablar de la figura 4 dijimos que sobre el pecho llevaba una urna cineraria. Es muy probable que algunos caciques, por veneración ó respeto á su antecesor, ó tal vez por alguna idea supersticiosa, llevaran al cuello la vasija de oro en que estaban depositadas sus cenizas.



CAPITULO V

FIESTAS

Los Quimbayas, como las tribus sus vecinas y en general las que habitaban nuestro suelo, eran muy dados á la bebida.

De ellos pudiéramos decir lo que Cieza de los Carrapas, "que tenían la totuma de chicha en la mano mientras cantaban, bailaban y orinaban."

El advenimiento de un Cacique, el día de un triunfo, del matrimonio, del nacimiento de un niño, etc., era celebrado con grandes borracheras. En casa del anfitrión se reunían entonces los Caciques y señores, los parientes y amigos, adornados con sus mejores alhajas, gorros de vistosas plumas y sus armas, que nunca abandonaban.

Todos danzaban á un tiempo, asidos de la mano, dando vueltas y haciendo piruetas, cantando y bebiendo, acompañados por atambores y otros instrumentos.

En sus cantares ó areytos relataban los trabajos presentes y hacían el panegírico de los gloriosos hechos de sus antepasados (1). Era éste el único medio de transmitir las tradiciones y la historia á la posteridad.

Cuando yá la chicha tocaba á su fin, todos los invitados, hombres, mujeres y niños, se repartían en dos bandos. Un indio tocando tambor encabezaba cada fila, y el baile, á cada instante más animado, proseguía con frenesí. Agotado el licor, lanzaban en coro el grito de *batatabati!* *batatabati!* (¡ ea! ¡ juguemos!) Era este como grito de guerra: cada cual empuñaba sus armas; flechas y dardos surcaban el aire, hiriendo aquí, matando allá, hasta el momento en que uno de los partidos se declaraba vencido (2).

Pasada la embriaguez, siempre tenían que enterrar muchos cadáveres de amigos y parientes por ellos mismos sacrificados; mas á nadie

(1) Cieza.

(2) Cieza de León, f. 42.

tenían que dar cuenta de los crímenes cometidos durante las borracheras generales, ni de las infidelidades, los adulterios y faltas á los Caciques. La chicha nivelaba las jerarquías. En las grandes solemnidades solían sacrificar los prisioneros de guerra, cuyas carnes eran devoradas por los invitados.

Como decíamos en el capítulo anterior, no nos han quedado vestigios de los objetos de madera encontrados en aquella tribu; por eso no podemos dar ninguna descripción de los fotutos, atambores, etc. etc., de que hacían uso. Cieza nos dice que los Quimbayas bebían su chicha en grandes vasijas de oro. Dos hermosos modelos posee la colección del Gobierno. La figura 13 es imitación de una totuma, cortada la calabaza por más de la mitad; lleva dibujado por un lado el pezón de la fruta, y la figura 46 es representación exacta de la totuma, tal como la cortan aún en nuestros días; su superficie está tan bien pulimentada como la de aquel fruto, y tiene en un costado el dibujo del peciolo.

La palabra *bataatabati*, casi la única que conservan las crónicas del vocabulario Quimbaya, resume el carácter de aquel pueblo frívolo. *Bataatabati* era la máxima de su moral, y sobre ella arreglaban su conducta.

Los placeres de la carne y los vicios que engendra la molicié habían hecho de este pueblo, antes guerrero, una aglomeración de individuos dados al lujo, entregados al buen vivir. Los combates con que terminaban sus borracheras eran el último destello de su espíritu guerrero. Yá no conquistaban tierras, y por necesidad se veían reducidos á una permanente guerra defensiva. Este mismo amor á las riquezas y á los bienes temporales había sido la causa principal del desarrollo de su ingenio artístico. Los joyeros de la tribu, para complacer á sus jefes, se esmeraban en producir esas obras de arte que estudiamos en el curso de esta publicación. La materia había acabado por completo con el espiritualismo. No veían ningún sér superior á ellos, y por eso no eran idólatras; su genio no era creador, sino imitador. No tenían, como los Chibchas, poéticas leyendas, ni un olimpo poblado de dioses, ni objetos simbólicos. En sus trabajos de orfebrería y de cerámica sólo copiaban la naturaleza, con mucho esmero es cierto, pero sin introducir en sus obras nada de imaginativo. Es indudable que esta raza, que se adormecía descuidadamente en medio de la embriaguez y los deleites, estaba llamada á un fin prematuro. Rodeada de tribus guerreras y antropófagas, no estaba lejano el día de su exterminio, no dejando más huellas de su existencia que los objetos confiados á la tierra. Sus cuerpos hubieran servido de pasto al invasor, como sirvieron en las guerras que después de fundada la ciudad de Cartago tuvieron que sostener contra los Pi-

jaos y los Putimaes, que suprimieron más existencias que las armas de los conquistadores.

Eran las fiestas de los Quimbayas como un espejo, copia fiel de su modo de ser. La vida para ellos consistía en beber mucho y satisfacer los placeres de la carne estimulados por sus licores fermentados. Todos los objetos de uso de los caciques eran de oro; tenían cuantas esposas querían, y gran número de esclavos. Hacían cualquier sacrificio por conservar la paz con sus vecinos, y sólo cuando veían su territorio invadido, empuñaban las armas y recordaban que ellos también habían sido guerreros. Si rechazaban al enemigo, preferían volver á sus bohíos, á seguir de fiesta en fiesta, más bien que perseguirle y conquistar su territorio. Si eran rechazados, se retiraban á sus intrincados arcabucos, dejando en su poder el terreno perdido.



CAPITULO VI

EL INDIO QUIMBAYA

No sería mucha nuestra osadía al asegurar que la suerte de la esposa y del niño entre los Quimbayas era la de dos esclavos. De lo contrario sería una honrosa y única excepción entre nuestras tribus.

La curiosísima figura que lleva el número 85 es la de una mujer dando á luz. A sus pies está representado un haz de yerba destinado á recibir á la criatura. La india está en pie, y aunque de un trabajo un poco tosco, tiene grabada la expresión de sufrimiento y de doloroso esfuerzo. El rostro, la posición de los pies y de la mano izquierda retorcidos como en una contracción suprema, la mano derecha apoyada sobre la sien, muestran claramente los padecimientos que le ocasiona el niño que nace, cuya cabeza está yá fuera del vientre de su madre. Junto con éste fue hallado el número 87; un hombre cuya quietud y aspecto impassible contrastan singularmente con el aire de angustia y el movimiento de la otra. Tiene los ojos cerrados, una fisonomía tranquila y apacible, las piernas un poco abiertas y las manos sobre el pecho. Se conoce que duerme en una hamaca, á juzgar por la serie de losanges que se ven marcados en su espalda y que no son otra cosa que el tejido de ésta.

El análisis de estos dos objetos y el conocimiento que tenemos de las costumbres de las otras tribus nos traen naturalmente á ver en aquella pareja la indiferencia del esposo mientras su compañera daba dolorosamente á luz. Allí vemos también la parte que á cada cual correspondía en el matrimonio. Para la india los quehaceres, las duras tareas, el movimiento y el trabajo continuo; para el hombre los goces tranquilos de una vida sedentaria, el descanso y las suaves caricias de la pereza. Probablemente después del parto el esposo, luégo que ella se bañaba con el niño y tomaba de nuevo la piedra de moler, guardaba la dieta y se hacía cuidar en su hamaca.

Acababa el niño de lamentar su venida al mundo con el llanto, y

ahogadas sus lágrimas en el agua de la próxima fuente, cuando le sometían al martirio de la desfiguración del cráneo (1). Para esto lo ligaban á una plancha de madera, á la cual fijaban otra que con la primera formara ángulo agudo. Otras veces colocaban dos planchas más sobre los costados, ó ponían la de abajo un poco inclinada, según la forma que querían obtener. Al desarrollarse los huesos del cráneo en aquellos estrechos moldes, tomaban la dirección que se les daba. Generalmente el achatamiento era de adelante hacia atrás, suprimiendo casi la frente y dando gran desarrollo á la parte posterior del cráneo (véase el cráneo *d* y los de las figuras 2 á 5); otras veces achataban los colodrillos ó los alargaban en forma de solideos.

De paso llamaremos la atención de los frenólogos al estudio de estos cráneos, en los cuales se encuentran particularmente deprimidos los órganos de las facultades intelectuales perceptibles, cuando eran éstos los que particularmente caracterizaban á la nación quimbaya.

Obtenida la desfiguración deseada, quitaban las ligaduras y dejaban al niño entregado más á la vigilancia de la Providencia que á los cuidados maternos. Desde que principiaba á caminar compartía con su madre, en cuanto le ayudaban sus fuerzas, las tareas domésticas. A los doce años pasaba á la tutela de su padre acompañándole á la caza y á la pesca; donde se desarrollaba su cuerpo y se despertaban los instintos de su raza.

Yá hemos visto cómo asistían á las borracheras y cómo tomaban parte activa en los combates con que finalizaban.

Los hombres eran bien dispuestos y de buenos rostros (2).

Basta fijarse en los objetos de la colección del Gobierno para comprender que el tipo quimbaya no tenía nada de desagradable. En casi todas las figuras observará el lector la depresión del cráneo; la frente deprimida parece continuación de la línea de la nariz, y se ve la cabeza muy prolongada hacia atrás (3). Los ojos por lo general están medio cerrados, muy rasgados y conservando una perfecta horizontalidad.

Aquellos indios tenían los ojos muy anchos, pero los párpados bastante juntos, con esa expresión de estoicismo ó somnolencia que caracteriza á la raza amarilla. El dibujo de la nariz y de la boca eran bastante correctos.

La primera de estas facciones y las orejas debían desfigurarse mucho con los años á causa de los pesados pendientes con que acostumbraban cargarlas.

(1) Oleza, pág. 378.

(2) *Id.*, 375.

(3) Véanse especialmente las figuras 2, 4, 5 y 6.

Eran robustos, de formas rollizas, tal vez muy propensos á la obesidad, de musculación fuerte, de pequeña estatura (1), y hombres y mujeres de buena presencia. Estas se envejecían temprano y se desfiguraban mucho después del matrimonio, debido al poco cuidado que consagraban al cuerpo, y á los duros oficios á que las destinaban.

No sabemos, además de la gran borrachera, qué ceremonia acostumbraran los Quimbayas en sus matrimonios. Podían tener cuantas mujeres alcanzaran á alimentar, y eran sus bohíos verdaderos serrallos de esclavas. A ellas correspondían los más pesados quehaceres y los oficios más degradantes. Desmontar, sembrar, llevar sobre sus hombros las provisiones de toda especie, moler, cocinar, todo lo hacía la mujer, y en compensación no se le concedía ni el derecho de estar con su esposo y de sentarse á su lado para compartir los alimentos. Sólo en las festividades podía dar rienda suelta á su libertad embriagándose con los demás y tomando parte activa en el festín de carne humana y en los juegos á mano armada.

Entre los alimentos quimbayas ocupaba puesto preferente el maíz, con el cual hacían su pan. El grano remojado lo molían en piedras, y con el producto amasaban una pasta y la ponían al fuego.

De estas piedras de moler se han hallado muchas; unas de ellas sin pies, otras con dos pies atrás con el objeto de darles mayor inclinación y más fácil salida al grano molido; las había de tres y de cuatro pies. Conocemos dos como éstas pertenecientes al señor Leocadio Arango, y posee otra semejante el presbítero Pineda (de Finlandia). Son "planas y de superficie muy pulida, de forma cuadrangular, con rebordes salientes á los lados, de bastante tamaño y con cuatro bases ó pies labrados en la misma piedra" (2). Estos rebordes, que en otras piezas se ven también atrás, tenían por objeto impedir la salida de la masa por los lados.

La riqueza de aquel suelo les brindaba, además del maíz, los variados productos de una flora sin igual: raíces, tubérculos, cogollos y frutos variadísimos abundaban allí. Los pimientos y la sal no faltaban ni en los más pobres bohíos. La caza y la pesca les proporcionaban multitud de aves, cuadrúpedos y peces de gusto regalado.

En las reproducciones de oro los indios repetían con muchas variantes las figuras de los peces volantes. Dice Fray Pedro Simón que en aquella Provincia los había á profusión. Aunque ya han desaparecido, se encuentran frecuentemente sus imágenes en los sepulcros. Parece que los animales alados hubieran sido más que cualquiera otro los

(1) Fr. Pedro Simón, T. III.

(2) Carta del señor Valeriano Marulanda.

modelos que inspiraban á los artifices quimbayas. Las águilas, los paji-
lles, los vampiros y los peces de que tratamos, ya copiados del natural,
ya con caras fantásticas, aparecen á cada paso. Véanse si no las figuras
91 á 102 escogidas entre otras muchas; unos peces están en actitud de
volar, otros nadando. Casi todos tienen la cabeza achatada, unos pocos
semicilíndrica, la boca más ó menos abierta, los ojos más ó menos brota-
dos. En todos ellos el cuerpo es semejante, y la cola en forma de abanico
en una dirección opuesta á los dos pares de aletas que lleva cada uno,
dos principales, y dos más pequeñas hacia atrás. En el dibujo de
éstas ponían los artistas especial esmero. En las figuras 92, 93, 95,
98 y 99 las aletas son de una sola pieza de bordes lisos y con dibujos
geométricos de buen gusto. La figura 101 tiene las alas acanaladas con
curvas caprichosas, y las figuras 91, 94, 100 y 102, además de los dibu-
jos, tienen los bordes adornados por series de espirales que parecen des-
prendidas. Hecha esta digresión, y volviendo á los alimentos quimba-
yas, agregaremos que cuando Robledo llegó á Irra el Cacique de aquel
lugar le obsequió con una vasija de oro procedente de la tribu de que
tratamos, y le aseguró que de oro eran todas las que estos indios tenían
para sus preparaciones culinarias (1).

Hábiles como los hijos de la selva, y educados la vista y el olfato
en descubrir la presa, nunca las flechas se desviaban de la dirección que
su acertado pulso les imprimía. Sentimos no poder describir sus armas
y útiles de pesca. El fuego y el tiempo han destruído todos aquellos
objetos.

Eran antropófagos, como lo hemos dicho, aunque no hacían de la
carne humana, como en las tribus sus vecinas, la base de su alimentación,
ni perseguían á sus semejantes con el único objeto de procurarse el ali-
mento favorito. Sólo comían á sus prisioneros de guerra, y esto por es-
píritu de venganza. Después de los combates, en la orgía que seguía á
la victoria, devoraban algunos de éstos; los que quedaban los llevaban
á los pueblos y los destinaban á ser sacrificados durante las fiestas.
Cuando yá el licor desarrollaba los brutales apetitos y despertaba los
malos instintos, traían á las víctimas, y después de infligirles un largo
martirio, se repartían sus carnes, que devoraban antes de lanzar el grito
de *batatabatí!*

Los Quimbayas fueron de los más fieles aliados de los españoles:
eran de carácter franco y leal; doblegaron la cerviz al yugo con más
facilidad que sus vecinos. Eran generosos, desinteresados, valientes lle-
gado el caso, observadores y grandes copistas de la naturaleza. Más no

(1) Sardella. *Relación del viaje de Robledo.*

bles de carácter y de inteligencia más desarrollada que casi todas las demás tribus, les eran sin embargo muy inferiores en fuerza y en valor, en astucia y agilidad, en ardides y en crueldades, y debido á esto tuvieron que perecer oprimidos por la avalancha de Pijaos y Putimaes que, bajando de la cordillera, penetraron en sus dominios á sangre y fuego.



CAPITULO VII

VESTIDO

Los más de los quimbayas andaban del todo desnudos; así lo dice Fray Pedro Simón, y así aparecen en casi todas sus representaciones. Eran, sin embargo, muy amigos de afeites, y les gustaba, como á todo salvaje, recargarse de vistosas alhajas, plumas, pinturas y cuanto, según ellos, pudiera realzar la hermosura del rostro y la belleza del cuerpo.

Ninguna de las figuras halladas en sus guacas tiene nada que pueda recordar el peinado de aquellos indios. Nosotros creemos que llevaban el pelo largo y cortado sobre la frente, lo mismo que en las tribus sus vecinas. Arrancaban con pinzas de oro el vello y los escasos pelos de la barba. Las pinzas las hacían de una lámina de oro, con dos cabezas semicirculares en los extremos; al doblarlas revestían la forma de una *T*. Entonces venían á juntarse las dos extremidades un poco encorvadas hacia adentro; con ellas cogían el vello, y apretándolas entre el índice y el pulgar, con un pequeño impulso lo arrancaban fácilmente. Las había de distintos tamaños, como podrá verse en las figuras 149 á 151.

Yá hemos visto cómo los Caciques usaban coronas de oro en los consejos; más adelante diremos cómo los guerreros usaban cascos y gorros de plumas en el combate. En tiempo ordinario éstos y los simples siervos se cubrían la cabeza con monteras de algodón finamente tejidas, que les formaban gorrete sobre la frente y que caían por detrás en una ó dos fajas cuadrangulares. Monteras más ó menos adornadas llevan casi todas las figuras (1).

Cuando por primera vez estudiámos los objetos de oro pertenecientes á la colección del Gobierno, observámos en algunos de ellos, y particularmente en el número 3, dos incisiones: una de ellas, que, como

(1) Véanse las que llevan las figuras de 1 á 6, 52, 53, 55, 56, 70, 85, 87, etc.

prolongación de la línea de los ojos, iba á terminar encima de la oreja, y otra que pasaba debajo é iba á unirse á los extremos de la boca. Juzgámos entonces que aquellas líneas representaban las rayas de bija con que se pintaban el rostro. Más tarde tuvimos conocimiento de la figura de barro número 196, que lleva bien marcadas con tinta roja las mismas líneas. Toda duda quedó desvanecida, y dedujimos que los Quimbayas se pintaban el rostro, trazando en él unas pocas líneas con bija. Probablemente cuando marchaban al combate aumentaban el número de estos dibujos.

Los ríos que surcan esta provincia arrastran oro; mas no el suficiente para la fabricación de las alhajas que cada indio poseía á profusión. Las tribus vecinas les suministraban el precioso metal en cambio de sal que tanto abundaba aquí. Los artifices quimbayas ponían especial esmero en la fabricación de los pendientes para las orejas y las narices. Eran verdaderos joyeros preocupados siempre por crear modelos nuevos para su clientela. Cada vez que se cava una rica guaca se sacan á luz nuevas formas, las más de ellas de esmeradísimo trabajo.

El pabellón de la oreja en algunos individuos era una verdadera hilera, en toda su superficie externa. En cada agujero introducían un aro pequeño cuya abertura quedaba para el lado de afuera. Yá hemos visto cómo en los objetos de oro hay individuo que lleva hasta trece aros en cada oreja.

Como podrá verse en la figura 224, en algunos casos no hacían más que una abertura de diámetro más ó menos considerable. En las más grandes introducían unos clavos de oro, cilíndricos, muy gruesos y con los extremos achatados; de éstos se ven cuatro en la figura 133. Este adorno podrá verlo el lector en la figura 196. Las pequeñas aberturas servían para pendientes. La forma más frecuente de éstos era la de un alambre de oro enrollado en figura de larga espiral achatada con un número de vueltas más ó menos considerable, como podrá verse en los cuatro que trae la lámina 26; dos de la 28, éstos dobles, con vueltas á uno y otro lado; y de la 135 con variantes, y dos de la 171. Esta forma indudablemente fue copiada por los Quimbayas de la flora de su suelo, lo mismo que otros cinco pendientes de la misma lámina 171 y dos de la lámina 135. En el número 26 hay dos pendientes, formados por láminas de oro circulares con un solideo repujado en el centro, rodeado por un círculo de puntos. En el número 27 hay otros dos, formados por un largo hilo de oro retorcido, con una cabeza circular en un extremo, y dos más, cada uno con dos chagaletas móviles de forma cuadrangular y con tres dientes de peine en cada lado.

Bajo el número 134 hay dos zarcillos que son simples laminitas circulares; uno formado por una esfera pequeñísima de oro y cinco gorritos de una lámina delgadísima; dos por cilindros de oro huecos y dos por láminas circulares, con círculos de líneas y de puntos repujados; semejantes á éstos hay tres en el número 171; otros dos, formados por una cuchara con un doble peine de tres gruesos dientes en cada lado, tiene la misma lámina *XL*. El par que trae la lámina *XLVI* es muchísimo más complicado. Está formado cada uno por una delgada lámina de oro, agujereada en toda su superficie y con pequeños dijes en cada abertura; dijes todos con extremos agudos.

Si era grande la variedad de adornos para las orejas, lo era mucho mayor la de alhajas y pendientes para las narices. Entre éstas hay tres tipos principales: 1.º, los aros; 2.º, las planchetas circulares derivadas de los primeros; y 3.º, derivados del último, aros huecos cuyos extremos se prolongan en punta.

1.º Los aros ó argollas los hacían de todos tamaños. Los hay tan grandes, que más bien parecen pulseras. Estos caían muchas veces hasta debajo de la barba, y creemos no los usarían sino los días de consejo, como refiere Wafer que hacían los Cunas. Los huecos los fabricaban con una hendedura en toda la circunferencia interna, muy abierta en los extremos y apretada hacia el centro, de modo que, moviendo las puntas del aro, una hacia adentro y otra en sentido opuesto, podían separarlas lo suficiente para introducir las en la abertura del cartílago nasal. Al soltarlos tomaban su primitiva posición. Se pudiera dudar que tan grandes y pesados aros sirvieran con tal objeto, pero en vista de las figuras 25, 26, 87 y 226, no queda ninguna duda. El hueco que aparece en la nariz de la figura 225 no pudo ser hecho con otro objeto que con el de introducir en él uno de estos enormes aros. En la lámina 133 aparecen dos de éstos, de gran tamaño, y otro pequeño de un pulimento perfecto. También usaban argollas de oro macizas, lo mismo que vueltas de espiral de mucho peso, que introducían en la nariz por un extremo y torneándolas hasta colocarlas en el centro con las dos puntas para afuera (1). No contentos con aros de superficie lisa, los hacían con caras aplanadas con bordes dibujados ó rodeados por alambres caprichosamente colocados. Los más pequeños (2) los cubrían con líneas de globulitos de oro más ó menos grandes ó con rayas.

2.º Las planchetas de oro eran siempre de forma circular (3); sus-

(1) Lámina *XXXV*.

(2) Véanse las láminas *XXXIV* y *XXXV*.

(3) Véanse las láminas 26, 33, 169 á 171.

pendían unas por medio de dos alambres (figura 63); las otras tenían todas en un punto de su superficie sacado un bocado circular, de modo que quedara una línea estrecha que cortaban dejando dos puntos por donde las abrían para introducirlas en la nariz. Como en las anteriores, hay algunas que son perfectamente lisas, otras con adornos de líneas y puntos repujados, otras más macizas, tienen la superficie dividida por una, dos ó tres líneas en alto relieve, figuras de animales, especialmente de aves; en fin, en otras el vacío interior es tan grande, que apenas queda una plancheta delgada, pero siempre encorvada en círculo.

3.º De las formas anteriormente descritas, prolongados los extremos, sacaron otro tipo del cual dedujeron un sinnúmero de modelos. En la misma lámina estirada á uno y otro lado, y cortada su superficie en dientes de peine, medias lunas, etc., resultaron las dos narigueras de la lámina xxxv. Y esta misma forma, yá maciza, les dio en más pequeña escala la bonita variedad que podrá estudiarse en la lámina xxxiv; las hay de superficie lisa, franjeadas con puntos, marcadas por líneas en relieve: unas son dobles, otras triples; tienen otras en los extremos dos aros por donde suspendían chagualetas, etc. Mas es tal la variedad, que si describiéramos una por una estas piezas, todas tan bien labradas, temeríamos cansar demasiado al estudioso lector. Las figuras de 1 á 7 tienen todas narigueras distintas de esta clase.

En las formas descritas entran aún multitud de variedades, como son las que llevan en sus extremos dos prolongaciones triangulares y otras enroscadas que les formaban un mostacho artificial. Había individuos que, no contentos con llevar un pendiente nasal, se ponían hasta dos y tres. La figura 196 trae dos: uno como bigote, y otro encima formado por dos argollas, una entre otra.

Las narigueras más pequeñas con extremos en punta las ponían siempre de modo que la abertura quedara para abajo.

Los collares eran, como los pendientes, el adorno en cuya consecución y fabricación ponían mayor esmero. Los hacían especialmente de oro y de piedra.

Las alhajas las fabricaban con oro de distinta ley, y sabían perfectamente darle á éste un color más ó menos subido. Algunas figuras, como las que tienen los número 3, 4 y 5, parecen llevar al cuello cierto número de simples hilos de oro, que nosotros creemos sean sargas de cuentecitas que el artifice no se tomó la pena de detallar en cada uno. Hacían sargas de cuentas tan sumamente pequeñas, que no comprendemos cómo las pudieran labrar en aquella época; usaban otras más aplandadas, y especialmente canutillos ó cilindros de oro, ya con superficie

lisa, rectos ú ovalados (véanse los números 31 y 136 y el que lleva la figura 1.^a), ya con la superficie cubierta de globulillos de oro. Fabricaban también cuentas de oro que soldaban unas á otras formando como hileras. Mas el gran lujo consistía en el recargo de objetos de diversas dimensiones, imitando aves, cuadrúpedos, insectos, mariposas, etc. etc. En el número 136 se ve uno de estos collares con multitud de insectos, de siete variedades; en los números 31 á 41 aparecen otros collares formados por insectos variados. Hay también aves, ranas, perros mudos, etc. No nos detenemos en describir uno por uno estos pequeños dijes fabricados con tanto esmero, recargados en su pequeñez de dibujos de tan agradable aspecto; sería larga la tarea, y la vista sola de las láminas dará sobre esto más luz que una larga descripción.

Labraban la piedra con sumo primor; del cuarzo hialino sacaban cuentas que pulían, perforaban y ensartaban para formar collares. En la lámina LIII podrá ver el lector uno de estos collares con otras piedras igualmente labradas. También hay en la misma lámina planchitas de hueso y caracoles perforados, empleados para igual uso.

El caracol debió llamar la atención de los Quimbayas, quienes siempre aprovecharon para modelos los objetos naturales de bonito aspecto. Lo reproducen frecuentemente en los dijes para collar. Son una copia tan fiel del original, que pudieran clasificarse. Como prueba de ello véanse los que llevan los números 105 y 108. Los hacían muchas veces apareados, unidos en la parte superior por un delgado cilindro de oro, hueco para poder pasar el hilo del collar. (Véanse las figuras 104, 106 y 107). El número 103 es reproducción de una limaza. En la lámina XXVII aparecen dos caracoles unidos, á los cuales el curioso artista les ha agregado dos cabezas humanas.

Muchas otras figuras de regular tamaño les servían para adorno de sus collares: mascaritas, ranas, etc.

No limitaban los Quimbayas á esto el uso de las joyas: llevaban pulseras y ceñidores de oro, de piedra y de hueso encima de las rodillas y en las gargantas de los pies. En los de la figura 1.^a se ve perfectamente dibujada la forma de los cautillos con que los hacían. Las figuras 2 á 6 tienen todas estos adornos.

Aunque los más de los quimbayas andaban tan desnudos como las representaciones de oro halladas en sus sepulcros, unos pocos rodeaban la cintura con fajas de oro de excesiva flexibilidad. Los días de grandes borracheras se ponían maures, vestido escogido especialmente por las mujeres. Estos eran de algodón; los guerreros los hacían de plumas (figuras 15 y 16). Los maures sólo les cubrían desde la cintura hasta encima de las rodillas, y ponían especial esmero en adornarlos con pe-

queños dijes de oro, cascabeles y carreteles. Las mujeres de los principales señores y los caciques llevaban túnicas de algodón, sin mangas, que les caían sobre las rodillas, con recargo de objetos de oro, especialmente en la parte inferior.

Pintaban las mantas por medio de cilindros y planchetas de barro. Unos y otros llevaban en su superficie elegantes dibujos geométricos en relieve, sobre los cuales aplicaban la pintura. Los cilindros eran desarrollados, de modo que se obtenía una serie de grecas que se repetían de trecho en trecho. Las planchetas tenían encima una manija, y por simple presión de la mano dejaban estampadas las líneas en ellas grabadas. En la figura 52 se hallan cuatro de estos grabadores.

Al entrar á una población quimbaya, un día de mercado, la vista quedaba sorprendida por la multitud de cuerpos desnudos, entre los cuales, de trecho en trecho, se veía alguna mujer con su maure de algodón, uno que otro guerrero cubierto de plumas, el Cacique y algunos de sus principales con largas túnicas y las caras pintadas de bija, surgiendo como por entre un marco de oro, formado por cascocs y coronas, narigueras, zarcillos y collares. Los petos, brazaletes, cinturones y ceñidores, reluciendo sobre aquellos cuerpos, debían producir un bonito conjunto, que contribuía á alegrar el ruido de cascabeles y carreteles cosidos á profusión sobre túnicas y maures.



CAPITULO VIII

GUERRAS

Aunque de naturaleza menos belicosa que sus vecinos y de instintos menos sanguinarios, los Quimbayas tenían que ser guerreros por necesidad. Rodeados de tribus entregadas á la rapiña y cuyo principal sustento y regalado alimento era la carne humana, que salían á buscar á mano armada, ellos debían vivir en permanente sobresalto y siempre apercebidos para rechazar esas invasiones de hambrientas fieras.

En la cima de las colinas, sobre altas barbacoas de guaduas, tenían siempre vigías, el ojo atento á cualquier movimiento que pudiera revelarles que sus cautelosos enemigos se acercaban. Con su trompa ó pito de guerra tocar el alarma, que se difundía en un momento en el pueblo; todos los hombres empuñaban sus arcos, y si se creían en número suficiente para rechazar al invasor, salían á su encuentro; si no, abandonaban el pueblo, llevando sus esposas, sus hijos y sus bienes. Los roncós sonidos de la bocina iban sembrando el alarma por los campos y llamando á los dispersos moradores hasta que llegaban á otra población. Sólo se detenían á aguardar el enemigo cuando se creían en número suficiente para resistirle.

Cuando la necesidad los obligaba á emprender campaña, todos los guerreros de la Provincia se reunían en casa del Cacique principal y con ellos los más ancianos, aderezados con sus ricas alhajas y luciendo sus vistosos ornamentos de plumería. Los caciques, además de las grandes narigueras que sólo acostumbraban en casos semejantes, llevaban al pecho grandes placas de oro muy pulidas y labradas. Después del consejo se embriagaban, cualquiera que hubiera sido la determinación tomada. Si habían optado por la guerra, cada jefe reunía sus súbditos; esto es, todos los hombres capaces de llevar las armas, é iban al combate guiados por su jefe principal.

Muchas veces se aliaban á un vecino para atacar á otro. En estos casos el más fuerte dictaba sus condiciones.

El indio acudía á la pelea, como á sus fiestas, aderezado con sus principales riquezas. ¡ Qué hermoso aspecto debía presentar un batallón de aquellos fornidos guerreros, flotando al viento los hermosos penachos de plumas y luciendo al sol las coronas de oro y los bruñidos cascos; las placas que cubrían sus pechos á manera de grandes medallas; los fotutos é instrumentos de oro; las narigueras, los pendientes, los collares, las fajas que engalanaban las narices, las orejas, las gargantas, las cinturas, los brazos y las piernas; los pequeños adornos de oro que brillaban en sus maures; y levantándose por encima de aquella plumarería las banderas recargadas de dijes de oro! ¡ Y qué ruido tan agradable el que éstas producirían cuando el viento las hacía ondular, uniéndose al tic-tac metálico de las chagnaletas, el ruido de los cascabeles y carreteles, que á profusión adornaban las banderas y vestidos!

En ninguna circunstancia mostraban tanto afán en la elección de vistosas plumas, para con ellas tejer maures y especialmente para la fabricación de los penachos con que cubrían las cabezas, sostenidos por las coronas y diademas de oro ó de paja.

La mayor parte de los cascos son solideos de oro, algunos tan grandes, que alcanzan á ser semiesféricos. Tienen dibujos en relieve. Divide la superficie del que lleva el número 12 una ancha línea saliente en medio de otras formadas por puntos repujados. La de los cascos 9, 10 y 12 está completamente dibujada por una ancha faja que da la vuelta á la circunferencia inferior y por dibujos geométricos y caprichosos. El casco número 5 tiene dos figuras en alto relieve con los brazos en cruz, de fisonomía apacible, como en actitud de esperar estoicamente la muerte que iban á afrontar. En la misma posición está la figura que adorna el casco de la lámina número XLIV. En ambos la cabeza es postiza. La hacían aparte, dejándole por detrás un reborde en forma de elipse, un poco irregular, y en la misma forma hacían la abertura en los cascos. Introducían la cabeza y le daban media vuelta. Por este sencillo sistema quedaba asegurada.

En Samarraya han sido hallados algunos cascos con figuras de hombres y mujeres casi siempre apareados, uno por un lado y la otra por el opuesto; y otros con dos guerreros combatiendo con macanas y cuerpo á cuerpo.

Las patenas que llevaban al pecho y que les protegían contra las flechas eran de oro, de tumbaga y de cobre; unas lisas y otras con figuras. Hemos visto algunas como la figura 157, que parecen representar un cadáver. La figura 25 exhibe dos láminas circulares con un reborde de puntos repujados. La primera tiene en su centro un individuo con las manos en el pecho, sin más aderezo que ceñidores en los molledos y

las rodillas; la segunda, la representación de un cadáver, pero con doble cola y debajo de los brazos y de las piernas cuatro aves. En la lámina xxvi hay dos figuras variantes de la del número 157. Todas éstas son reputadas á cincel.

Estas planchas de oro no siempre las recortaban en forma redonda: en ocasiones las hacían con el dibujo de un corazón con figuras más ó menos caprichosas en la parte superior. (Véanse las figuras 160, 161 y 51, esta última de cobre). Hay unas como solideo (figura 71), y otras de esta misma forma, pero con los bordes aplanados para afuera (figuras 57 y 58). La figura 63 tiene una forma caprichosa; al parecer quisiera representar el cuerpo de un individuo, pero sin pintarle facciones ni detalles. En el centro, sobre lo que formaría el vientre, pero al revés, está una cara de guerrero con su casco en alto relieve; lleva nariguera y zarcillos postizos, y adornan el conjunto multitud de chagaletas suspendidas en el orlado borde.

Algunos de los principales llevaban al combate planchas flexibles que les tapaban el pecho, y las coyunturas de las manos y los pies defendidos por láminas de oro enrolladas. (Véanse las figuras números 123 á 125).

Discos de cobre y puños semejantes á éstos y á los que llevan los números 193 y 194 han sido hallados en cantidad tal, que los guaqueros los dejan abandonados cerca de las sepulturas, y que nos escriben de Pereira que pudieran recogerse aún muchas arrobas de ellos.

Para destruir el bello aspecto que les debía dar tal recargo de alhajas, y para hacerse terribles á los ojos de sus enemigos, se embijaban la cara pintándose figuras horrendas. Al principiar el ataque armaban una infernal algarabía, sacando agudos sonidos de sus silbatos de oro, conchas marinas y fotutos de madera acompañados del sonido ronco de los pitos de barro, de los grandes atambores y de los discordantes gritos de los que lanzaban los dardos y las flechas.

Casi todos los objetos que estos indios fabricaban daban algún sonido, y no había soldado que no poseyera, según su fortuna, sonajas de oro, de madera ó de barro.

No recordamos haber visto una trompa de guerra de un trabajo tan artístico como el de la que lleva el número 55. Es la imitación, en oro, de un cuerno recortado, de un trabajo exquisito y de un pulimento perfecto. En la parte alta dos cariátides, hombre y mujer, apareados por la espalda, sostienen la bocina, que es como un alto capitel de seis hileras de dibujos geométricos que vienen á formar como una mitra sobre las cabezas de la pareja. El trabajo es de una sola pieza, no se ven en él soldaduras, ni agregados, ni imperfecciones. El número 56 está

hecho con conocimiento de las leyes del sonido: no tiene más abertura que la que se ve detrás de la cabeza; al soplar por ella, el aire golpea sobre el ángulo del cuello produciendo una vibración aguda. Adelante tiene una cabeza de muy buen dibujo.

De barro hacían silbatos pepueños de forma cilíndrica y con un número de aberturas más ó menos grande, según la variedad de sonidos que necesitaran. Entre los pitos grandes hay dos formas muy aceptadas por ellos. Un cuerpo de ave con figura humana ó de animal con pies en figura de senos y un asa para suspenderlos. Tienen una abertura detrás de la cabeza y un tubito sobre el espinazo. Los hacían de muy buena arcilla, con mucho esmero y con bonitos dibujos. El sonido de éstos no es muy uniforme (figuras 197 á 200, etc.). La otra forma era la de una vasija doble; adelante el cuerpo de un animal con dos pies y abertura detrás de la cabeza, como las anteriores, y atrás una vasija redonda con el tubo que servía para soplar; las dos, cogidas por una asa (figura 201).

Fabricaban las banderas con largas telas de algodón á las cuales cosían gran cantidad de cascabeles y carreteles de oro. Los cascabeles los hacían de distintos tamaños, de oro y de cobre, de la misma forma exactamente que los que entonces usaban los conquistadores y que se usan aún; había unos labrados con dibujos geométricos y otros con caras en relieve. Véase la lámina xxxix; allí hay un cascabel con dos caras en alto relieve en sus extremos, de un trabajo exquisito. Tienen dos aros pequeños por donde los suspendían á las banderas ó á los maures; ponían á otros una corta manija; y otros, en fin, hemos visto coronando el extremo superior de algunos cetros.

Las estrellitas que dice Cieza se veían brillar desde lejos en las banderas, no eran otras que los carreteles que se ven en la lámina xxxix. Todos son huecos y con aberturas sobre los costados. Están ornamentados de distinto modo con una simple orla al rededor, con dibujos grabados, con chagualetas pendientes ó con espirales caladas. Algunos tienen sonido como los cascabeles, y otros son de puro adorno.

Hecha esta descripción de los objetos especialmente destinados al combate, á la que sentimos no dar mayor amplitud para no fatigar demasiado al lector, agregaremos que no por ir tan lujosamente ataviados no supieran aquellos guerreros pelear con valor. Los combates eran reñidos; se luchaba con tenacidad de uno y otro lado. La suerte del prisionero era demasiado cruel para no preferir la muerte. El quimbaya que por casualidad caía vivo en manos de sus vecinos, era infaliblemente sacrificado en medio de atroces tormentos, y devoraban su carne. Lo mismo hacían éstos con sus contrarios.

CAPITULO IX

IDEAS DE INMORTALIDAD

Entierros.

“ Bien tiene esta gente entendimiento de pensar que hay en el hombre más que cuerpo mortal ; no tienen tampoco que sea ánima, sino alguna transfiguración que ellos piensan, y creen que los cuerpos todos han de resucitar ” (1).

Tenían, pues, una idea imperfecta de la espiritualidad del alma y del dogma de la inmortalidad ; hacían concepto de otra vida, pero análoga á nuestra existencia actual. Por esta razón se hacían enterrar con sus bienes, alimentos, las más queridas de sus esposas y los sirvientes más fieles. Creían en ese mundo ó cielo de los espíritus en que han creído casi todos los pueblos ; mas eran espíritus poseídos de todos los apetitos de la carne. Después de esta vida pasaban á otros mundos, donde también iban á ser jefes, á poseer terrenos y á entregarse á los mismos placeres brutales entre las caricias de sus mujeres y el servicio fiel de sus esclavos. La inmortalidad para ellos era la continuación de la vida, más allá de la tumba, tal como la habían llevado en sus bohíos. No creían en la metempsicosis, pero sí alcanzaban á comprender que un principio, despojado de su forma ó figura esencial, se haya unido al cuerpo. En resumen : allá en su fantasía vislumbraban que algo que no era el cuerpo lo acompañaba, y que ese algo era lo que iba á tomar vida más allá de la tumba, pero sin despojarse de los vicios, apetitos, necesidades y forma corpórea. Los cuerpos debían resucitar, no ya en este mundo, sino en un paraíso que forjaba su imaginación y poblaba su fantasía.

Quando un individuo enfermaba, llamaban al mohán, el cual, disfrazado y provisto de toda clase de ruidosos instrumentos, se introducía á su casa. Allí se entregaba á una verdadera danza macábrica. Invocaba al Demonio y conjuraba á los malos espíritus á que abandonaran el

(1) Cleza de León.

cuerpo del paciente, y con chillidos y alaridos, ruido de atambores, brincos y descompasados gritos, intentaba atemorizarlos y obligarlos á salir.

Muerto el individuo, si era gran personaje, lo lloraban, y pasaban la noche en vela, tomando chicha y cantando sus hazañas. Al día siguiente quemaban su cuerpo, y las cenizas, recogidas en urnas de oro ó de barro, eran enterradas á una gran profundidad, en bóvedas muy capaces. Allí sepultaban con el cadáver sus armas, cuantas alhajas poseía, las vaajjas de barro que adornaban su bohío, grandes moyas llenas de chicha, de maíz que calcinaban en ollas cerradas, etc. etc. Gruesas, pesadas y bien labradas lajas de piedra cubrían la cámara mortuoria. Encima arrojaban tierra de un color distinto, que traían de una colina vecina, y en bóvedas colocadas á un lado de las paredes del hoyo, ó en largas galerías que partían de la abertura principal, arrojaban á los esclavos y á las mujeres más queridas del difunto, previamente embriagados, y segñian echando tierra hasta formar una colina artificial, cuya altura estaba en relación con la fortuna del muerto, pues á sus expensas bebían chicha los hombres del pueblo, y mientras ésta duraba, continuaban trabajando.

Aquellas sepulturas, que llegaban hasta una profundidad de quince y más metros, y de las cuales se desprendían largas galerías para sepultar en ellas los esclavos, las hacían con instrumentos de macana, cortos, y con una extremidad labrada en forma de barretón. (Véase la fig. 193).

Guiados por los relatos de los cronistas, por relaciones de los guaqueros, y, más que todo, por la clara y detallada descripción que el señor Valeriano Marulanda nos ha transmitido desde Pereira, ensayaremos presentar una descripción de los sepulcros de los Quimbayas, empleando para ello el vocabulario de los guaqueros antioqueños.

Para la última morada de sus deudos, era muy raro que aquellos indios eligieran las faldas de las colinas, y más aún, que cavaran los sepulcros en las llanuras expuestas á las inundaciones en los largos y rudos inviernos. Escogían siempre de preferencia las altas cimas de los cerros y los elevados picos de la cordillera.

Los guaqueros, en su idioma peculiar, distinguen dos variedades de necrópolis ó *pueblos*, como ellos las llaman: arrolladas y variadas. Para las primeras hacían en las cumbres de los cerros banqueros artificiales, aprovechando las depresiones naturales cuando éstas existían, trabajo que emprendían para evitar que las lluvias fuertes, al rodar por las faldas de la colina, arrastraran la tierra de la parte superior, dejando á descubierto la morada de los muertos. Este procedimiento sólo lo

usaban para los guerreros ó los ricos súbditos, cubriendo la fosa con la misma tierra que en el banqueo habían apartado.

Las necrópolis vaciadas servían para depositar las cenizas de aquellos que habían ocupado los primeros puestos en el Gobierno, el sacerdocio y el ejército. Allí se han hallado las mayores riquezas, los objetos más curiosos. Hacían éstas cortando los puntos culminantes de los contrafuertes de la cordillera, hasta formar una alta meseta artificial. Las cavaban muy profundas, y la tierra que iban sacando al abrir la fosa, la amontonaban al rededor de la meseta para ampliar su superficie. En el fondo cavaban un extenso salón, de altas paredes que estaban con arcilla, sobre la cual trazaban dibujos caprichosos; muchas veces hacían estos mismos dibujos en todo el contorno de la profunda abertura, ya con bija, ya con líneas hondas ó en relieve. Como decíamos anteriormente, la tierra que arrojaban sobre el cuerpo y con la cual cubrían el hoyo, la traían de otro punto, y debía tener un color distinto á la del terreno que la rodeaba. Fray Pedro Simón dice que la misma costumbre tenían los indios del Sinú, y que los conquistadores (como los guaqueros antioqueños), tenían ya tal costumbre, que distinguían á primera vista si un sepulcro era de persona acomodada ó nó, y en consecuencia si podían tener confianza de que contuviera oro.

Las necrópolis vaciadas estaban en comunicación unas con otras por caminos de los que se ven aún vestigios entre la enmarañada vegetación. Estos eran tan numerosos, que formaban sobre aquel suelo como un intrincado mapa, una vía mortuoria que unía unos á otros aquellos sepulcros, colocados siempre á grandes distancias unos de otros. No sucedía lo mismo con las tumbas de los pobres, que aglomeraban en cortos espacios.

Las guacas encontradas hasta hoy siguen todas una dirección invariable de Oriente á Occidente; cada bóveda se halla excavada en el mismo sentido; orientación que conservan igualmente los cadáveres en ellas depositados.

La forma que daban á los sepulcros variaba muchísimo; las más usadas eran las siguientes:

La MATA DE CAÑA.—Es una pirámide rectangular. La boca de la fosa mide 1 metro cuadrado, y tiene $2\frac{1}{2}$ metros cada costado de la base. Es su profundidad, ó alto de la pirámide, de 6 á 8 metros. En una de las paredes oriental ú occidental, nunca en las que miran á Norte y Sur, hay generalmente una

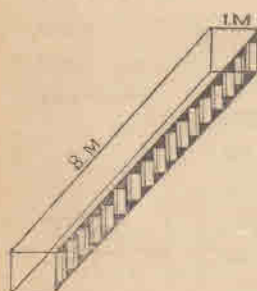


bóveda horizontal de poca altura, pero que ocupa todo el ancho de la cara, y en ella un cadáver. A éste le han dado el nombre de guardián, y por las alhajas que lleva, naturalmente revueltas con sus cenizas, se podrá juzgar de la riqueza del sepulcro. En general la tierra que está al nivel de éste cubre uno ó dos nichos más, colocados en las paredes oriental ú occidental ó en solo una de ellas. El más profundo contiene mayor riqueza. En la primera bóveda están las cenizas, nó de uno, sino de varios cadáveres de los fieles sirvientes del Cacique, que en recompensa de su amor al amo, han ido á acompañarlo en la tumba. En la segunda están los restos de las mujeres que prefirió y que también fueron enterradas vivas. Si unos y otras poseían alhajas, es natural que aquel á quien sirvieron y cuyos despojos están más abajo, fuera hombre rico, y que junto á él se encuentren objetos de oro. Las dimensiones de las bóvedas varían según las distintas guacas. El cielo que las cierra está formado por una bóveda ó un caballete de ángulo muy obtuso, ó simplemente por una superficie plana. Las paredes son pulimentadas ó muchas veces airosamente dibujadas. En una hallaron un sol en bajo relieve, perfectamente delineado. Cubren en parte las paredes internas de las bóvedas nichos que lucen vasijas de barro, objetos de piedra, de cobre, etc.

La forma del TAMBOR es la de un cilindro recto. Cuando su diámetro no pasa de 50 centímetros le dan el nombre de *velero*, y de allí para adelante conserva su nombre de tambor hasta el diámetro de 1 metro, la mayor dimensión que hasta hoy le hayan encontrado. La altura del cilindro ó profundidad de la fosa varía de 14 á 20 metros. Tiene las paredes completamente pulimentadas. El sepulcro principal se halla en la base y es de dimensiones mucho mayores que las que tiene en los demás. Es un vasto salón dividido en varias celdas, comunicadas por angostas galerías y cubierto por un cielo ó techo de madera. En el suelo yacen varios cadáveres colocados simétricamente á distancias iguales y cubiertos por arcilla blanca aromática. En estos sepulcros no se encuentran otras bóvedas ni más nichos. Siendo este modo de entierro distinto al que hacían á sus jefes, ¿no lo emplearían para los mochanes?

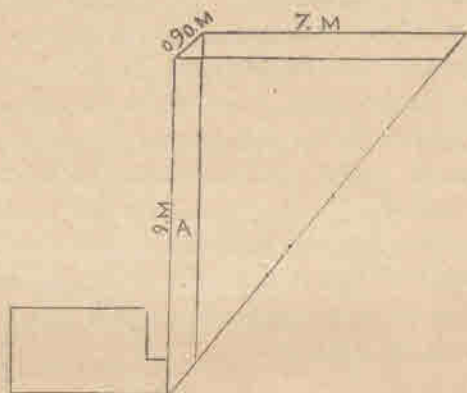


El CUADRO es un hoyo en forma de prisma rectangular. Los cuadrados de las dos bases miden de 80 centímetros á 1 metro. La profundidad ó altura del prisma varía de 8 á 20 metros. Tiene, como la guaca llamada *mata de caña* ó como las demás que describiremos, uno ó varios nichos con la orientación que hemos dicho. Su riqueza guarda proporción con el pulimento más ó menos esmerado de las paredes y con la mayor diferencia que existe entre el color de la tierra que la cubre y el del terreno adyacente.



Está formado el RESBALÓN por un prisma cuadrangular oblicuo en cuya cara interior tiene labrada una serie de escalones para facilitar el descenso. En la base de una de las caras se encuentra la bóveda. Las guacas de esta clase son en general más pobres que las anteriormente descritas, aunque siempre se descubre en ellas alguna alhaja de valor. No debían pertenecer á señores muy ricos, pues no se encuentran en ellas cadáveres de esclavos.

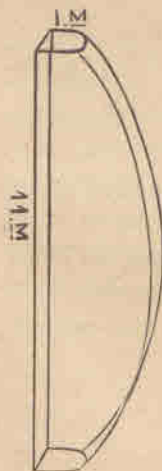
El TAJO ABIERTO tiene una entrada rectangular de 80 centímetros á 1 metro de ancho, por 6 á 8 de longitud. La pared que hace frente al Oriente ó al Occidente es vertical. El plano de la pared opuesta viene á formar ángulo con éste. En la línea de intersección, sobre el muro vertical, está hecha la sepultura, generalmente espaciosa.



La PATA DE OSO, de boca circular, reviste en su principio la forma cilíndrica, y luego, desviándose de la vertical, va haciendo ondulaciones que dificultan su excavación. Su profundidad varía entre 8 y 10 metros.



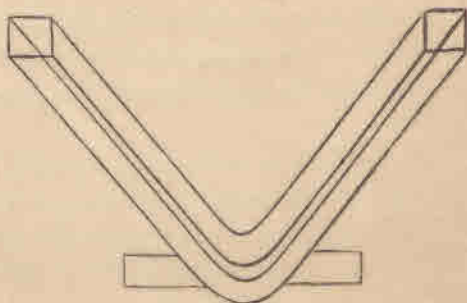
Los CANCELES son prismas cuadrangulares de profundidad varia. Los hay verticales y de paredes oblicuas. La bóveda, colocada como en las demás guacas, está tapada por dos grandes lajas de piedra labrada, sostenidas casi siempre por losas verticales. Frecuentemente el suelo está embaldosado. Estas sepulturas son generalmente pobres y tienen una profundidad que varía entre 8 y 10 metros. Algunas de las losas colocadas en el interior son de tales dimensiones, que no se comprende cómo las hayan llevado allí, siendo la abertura superior de un diámetro mucho menor.



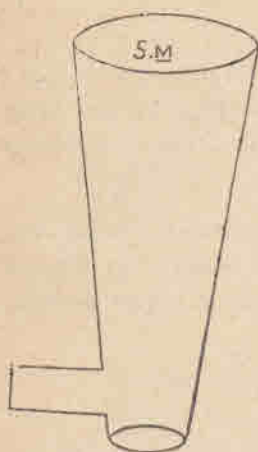
Como variantes del *cuadro* ya descrito, podemos colocar el *baúl* y la *maleta*, llamados así por tener abovedada una de las paredes. Su forma es la de una bóveda invertida.

El CAJÓN es una bóveda de grandes dimensiones. Su profundidad es de 10 á 12 metros. La riqueza está en proporción de ésta y de la mayor limpieza de la tierra que la cubre.

La HAMACA está formada por dos resbalones unidos en su base por líneas curvas. En el enencentro de éstas van colocadas dos bóvedas.



La BEJUCA, semejante al cajón, tiene en uno de los extremos de la base una estrecha abertura cilíndrica de unos 2 metros de profundidad, que la pone en comunicación con el sepulcro. Esta guaca es generalmente rica.



La llamada EMBUDO tiene la forma de un cono truncado invertido; el diámetro de la abertura superior es de 4 á 5 metros. Sobre una de las paredes, y á alguna distancia de la base, está colocada la sepultura, que generalmente es muy espaciosa.

Decíamos al principiar este capítulo, que los Quimbayas depositaban en las sepulturas las cenizas de sus principales Caciques en urnas de oro. Tres de éstas fueron halladas en una guaca, las que llevan los números 51 á 53.

La primera es de tumbaga y pesa 1,710 gramos; en su forma elegante podrá observarse un hermoso conjunto en que las líneas curvas desempeñan un papel importante. Las otras dos, de oro fino y de tumbaga, pesan, respectivamente, 781 y 1,011 gramos. Ambas tienen tapa, y una figura de mujer en alto relieve en cada una de sus caras. ¿Qué

perfección de trabajo! Todo en estas urnas es acabado. El molde, primorosamente labrado, dejó estampadas en el oro cuatro mujeres en pie, con las manos á la altura de la cintura y con caras expresivas, en que puede perfectamente estudiarse el tipo de la raza á que pertenecieron. Parecen custodiar, impasibles, las cenizas de su jefe, encerradas entre la pequeña urna de bellos contornos y de perfecto pulido, de la cual forman ellas parte esencial. Sus desnudos cuerpos están recargados de las mismas alhajas que en uno de nuestros anteriores capítulos hemos descrito. En varios puntos se ven las señales de los palillos que sirvieron para la fabricación del molde.

La descripción que hemos hecho de los sepuleros quimbayas no será completa hasta que podamos asegurar que tal ó cual forma eran destinadas á guardar el cadáver de individuos de esta ó de aquella categoría. Si los guaqueros hubieran tenido la precaución, cuando abrían una tumba, de apuntar los objetos en ella encontrados, desde hoy podríamos satisfacer la curiosidad de los americanistas. Por desgracia, ninguno ha tomado tal precaución. Es evidente que desde el momento que tenían ciertos modelos admitidos para excavar los sepuleros, cada uno de ellos servía para encerrar el cuerpo, ya de un rico Cacique, ya de un nobán, de un guerrero, etc., y el estudio de los objetos que acompañan los cadáveres, facilitará esta clasificación. Así como tenían necrópolis destinadas á depositar en ellas los cadáveres de los pobres, y cementerios para las gentes de distinción, así debían tener sepuleros para cada categoría de estos últimos.

CAPÍTULO X

IDIOMA, AGRICULTURA, INDUSTRIAS VARIAS

Del idioma quimbaya sólo sabemos que era muy distinto del de las tribus sus vecinas, y que los intérpretes que traían los conquistadores no sabían traducirlo. No conservamos más palabra que la de *batatabatí* y como nombres propios los de *Quimbaya*, *Samarraya*, *Tacurumbí* y *Zegues*.

No tenían escritura. En sus antiguos dominios diseminados en las selvas, se encuentran piedras con dibujos de bija y con grabados que nada tienen de simbólico. En unas se ve una figura aislada, en otras dos ó más, pero colocadas sin simetría, y no hay en ellas variedad ninguna. Generalmente son triángulos con uno ó dos puntos en el centro.

Eran poco dados á la agricultura, aunque hoy día se ven aún en los vastos campos cubiertos de guaduas, restos de plantaciones; pero es bien sabido, y nos lo dice Cieza, que desde la época de la conquista yá la vegetación de la montaña los había invadido, y, lejos de haber sido cultivados por los Quimbayas, éstos los habían talado y eran uno de los pocos recuerdos que quedaban en aquel suelo de la nación por ellos destruida. Tenían sementeras de maíz y de árboles frutales; pero á la labor de la tierra preferían la caza y la pesca, que á manos llenas les brindaban variada alimentación.

Comerciaban con las tribus vecinas dándoles en cambio del oro que tanto apetecían, la sal que sacaban de las muchas fuentes que brotan á orillas y aun en el lecho de los ríos.

Aunque los Quimbayas conocían el arco y labraban bien la piedra, pudiendo así hacer columnas para sus casas, no empleaban ni el uno ni la otra. Nunca los preocupó la arquitectura. Gustaban de tener casas espaciales y cómodas, aunque su aspecto exterior nada tuviera de agradable á la vista. La guadua, la paja y el bejuco eran los elementos únicos que entraban en sus construcciones. Los bohíos eran bajos y generalmente

divididos en dos salones: uno destinado á los hombres y otro á las mujeres. En este último estaban las provisiones, la piedra de moler, las que servían de cocina, etc. En el primero las armas, los objetos de oro y las vasijas. Las paredes las hacían de guaduas, que ataban muy bien unas á otras por un tejido de fuertes bejucos que sostenían cuatro ó más maderos gruesos. El cielo de la habitación era pajizo.

No tenían templos ni casas de adoración; jamás peleaban en palenques.

Las casas de los Caciques sólo se distinguían de las del vulgo por sus mayores proporciones y por una alta barbacoa que se levantaba á su frente. Esta era hecha igualmente por un tablado de guaduas rajadas y extendidas, fuertemente atado á otras no muy altas. Allí había permanentemente un centinela observando la única entrada al bohío para prevenir las sorpresas del enemigo.

Las casas estaban separadas unas de otras por pequeños árboles, y siempre situadas á orilla de un arroyo.

Muchos de los objetos de oro y de barro llevan dos ó más aberturas simétricas, y algunos de ellos aros, y están acanalados en toda su superficie; prueba evidente de que los labraban para colgarlos, y como no podían llevar al cuello vasijas de tales dimensiones, fácilmente se comprende que las usaban como adorno de sus habitaciones. Curioso aspecto debía presentar el interior de un bohío. En el suelo algunos asientos y las grandes moyas de chicha descansando sobre los pintados pedestales de barro, y canastas primorosamente tejidas, en que guardaban sus alhajas de oro; suspendidas á las paredes las armas y las hamacas, y colgando los grandes objetos de oro y las vasijas de barro artísticamente labradas y pintadas. Y aquí y allí, en canastos ó sobre postes de madera, las piedras cabalísticas, yerbas medicinales, adornos de plumajería, los instrumentos de música, y sabe Dios cuántos otros objetos de piedra, madera y cobre.

El asiento principal era el duho, formado por tablas bien labradas; una que servía de asiento y la otra de espaldar; la primera descansaba sobre cuatro pies, ó dos troncos ó tablas. Los hacían muy adornados, como podrá verse en el que trae la figura 6; otras veces hacían el espaldar muy alto, como en la figura 88. Muchos no tienen espaldar y los labraban con figuras de animales. También se encuentran representados largos escaños en los cuales cabían varias personas.

En las puertas de las casas de los principales Caciques había figuras de madera con los brazos muy estirados y mirando hacia el Oriente. Allí sacrificaban á los prisioneros de guerra.

Las casas se comunicaban unas con otras por medio de trochas angostas, y algunas veces por anchos caminos. Los Quimbayas ponían su principal esmero en los caminos que iban de unas necrópolis á otras y que pasaban algunas veces por el centro de ellas, y otras por unos de los costados, según convenía para conservarles siempre la dirección E.O. También se ven huellas de las antiguas vías trazadas por sus antecesores para dirigirse á las sementeras. Estas últimas tienen una dirección caprichosa. Los caminos de los Quimbayas eran muy anchos y excavados en forma de canalones.

Construían puentes de bejuco para el paso de los ríos. Para ello tendían dos cuerdas de una á otra orilla y sobre éstas hacían un tejido, todo de bejuco.

Era una de las principales industrias de aquel pueblo la explotación de las fuentes saladas. Sobre grandes piedras colocaban calderas de cobre de bastante capacidad que llenaban de agua salada. Encendían debajo una hoguera que entretenían con leña durante toda la operación. Cuando el líquido tomaba una consistencia viscosa, introducían nueva cantidad de agua salada, y así sucesivamente hasta que la caldera no diera cabida á más. Entonces activaban la combustión, y á poco principiaban á formarse grumos de sal que sacaban del fuego. En este estado la usaban y la cambiaban con sus vecinos (1).

Eran muy hábiles en tejer las mantas y las hamacas. Sobre algunas placas ó patenas de cobre aparecen adheridos pedazos de vestidos cuyo tejido es bastante fino y parejo. Poseemos parte de una manta hallada en un sepulcro, de una trama perfecta y de un hilo terso é igual.

El algodón lo hilaban por medio de husos de madera con cabezuelas de barro, de las cuales podrán verse algunas en la lámina LIV. En telares formados por marcos de madera, tejían las mantas.

Labraban las piedras con una perfección tal, que parecen pulidas en tornos. Yá hemos visto cómo cubrían las bóvedas con grandes losas bien pulidas. Además, siguiendo la línea de los contrafuertes que de la cordillera conduce al valle, en los puntos más elevados se observan mojones de una piedra pizarrosa, colocados á dos y medio kilómetros de distancia unos de otros. En el contrafuerte inmediato y paralelo se ve otra línea de éstos, colocados de tal manera, que cada mojón de la primera línea viene á quedar frente á cada uno de los de la segunda. Entre cada dos de estas piedras hay un camino que conduce de una á otra colina, por la línea más corta que pudiera trazarse científicamente, aprovechando las ventajas que presenta el terreno para el tráfico y buscando el paso más fácil del torrente ó arroyo que corre entre las

(1) Fr. Pedro Simón.

dos. En cada piedra hay una abertura en dirección oblicua, perforada con el mayor esmero. Mirando por ésta, la visual cae exactamente en el hueco labrado en la piedra correspondiente de la línea paralela. Decíamos que las primeras aberturas son oblicuas; dábanles esta dirección por estar la de la línea paralela á un nivel inferior.

Evidentemente el objeto de estas piedras era el de orientarse cuando hacían los caminos para no perder la línea recta.

Vense en aquella Provincia, en algunos puntos, estatuas de piedra toscamente labradas, sin mérito alguno. En las guacas se han hallado algunas de éstas, que han sido abandonadas por su poco pulimento. Las pequeñas representaciones de piedra son rarísimas en aquellos lugares, y sólo tenemos conocimiento de dos: una de serpentina, de la colección del Presbítero Pineda, y otra que figura en los catálogos bajo el número LIII. Las hachuelas de piedra, cinceles y pulidores, las cuentas labradas y perforadas, se hallan á cada paso. Nos admiramos cómo podían pulir el cristal de roca con la perfección con que lo hacían. En las cuentas de cuarzo hialino de la lámina LIII se ve que para horadarlas principiaban tal vez con la punta aguda de un cristal de la misma piedra á hacer la abertura por uno de los extremos, y luego por el otro hasta encontrarse éstos. La abertura tiene la forma de dos conos unidos por el vértice.

Fabricaban pequeñas vasijas de piedra y unas en forma de crisol sin fondo, rayadas en la superficie. En el interior de éstas se ven rayas paralelas cual si hubiesen sido hechas en torno con un instrumento de acero.

Probablemente después de labrar la abertura con piedras de mayor dureza, pulían la superficie con unas hojas que allí se encuentran cubiertas de una capa de sílice; éstas daban las rayas que hemos observado.

Trabajaban el cobre que hallaban en estado nativo; con él hacían planchas ó patenas y adornos para el pecho; las planchas enrolladas las usaban en los brazos y las piernas. También hacían vasijas de cobre de grandes y pequeñas dimensiones para la evaporación de la sal. El cobre lo aliaban con el oro para dar á los objetos el temple necesario ó el color que deseaban obtener.

Con los pocos datos que hemos podido reunir, no es fácil dar cuenta detallada de las industrias quimbayas. Sabemos que preparaban algunos colores como el blanco, el gris, el amarillo y el rojo para la pintura de sus mantas y el embijamiento del cnerpo. Aquellos indios se distinguían particularmente en el trabajo del oro y del barro.

CAPITULO XI

ORFEBRERÍA QUIMBAYA

Los Quimbayas sólo conocían y trabajaban dos metales: el oro y el cobre nativos. Ya hemos visto cómo se servían del cobre para fabricar pailas para la evaporación del agua salada, planchas y láminas circulares de distinto diámetro: unas planas, con aberturas para colgar al pecho (1); otras dobladas para usarlas como brazaletes, y otras recortadas para servir de adorno.

El oro era para ellos el metal noble por excelencia. Lo fundían unas veces sin mezcla y otras aleándolo al cobre en todas proporciones para vaciar en moldes un sinnúmero de alhajas y dijeles que constituían su lujo y su riqueza. Y ya que no conocían el fausto en sus habitaciones, en los vestidos, en las comidas, etc., en el oro se reunían todas las pompas y todas las galas y vanidades de que hacían ostentación.

Con el noble metal conservaban estampadas las imágenes de sus Caciques, cuyas cenizas depositaban en bellísimas urnas. El les servía para recordar la espantable figura del Demonio y la de sus ministros los mohanes. El oro brillaba en medio de sus fiestas, en sus escasos vestidos y sobre su cobriza piel. En la guerra cubría la cabeza, el pecho y los brazos de sus jefes en forma de cascos, petos y brazaletes. Sus banderas resplandecían á la luz del sol cubiertas de dijeles recargados de laminitas delgadas de oro, que brillaban, dice Cieza, como estrellas: á la vez que los carreteles, cascabeles y otras alhajas, producían un ruido metálico que debía ser muy grato á los Quimbayas. A una sola bandera suspendían hasta quince libras en objetos hechos con el noble metal. Entre los mil ruidos que producían sus pitos y fotutos en el momento del ataque, debía resaltar el sonido agudo que despedían los sil-

(1) El diámetro de estas planchas es generalmente de 14 á 30 centímetros.

batos de oro. De oro eran las insignias de mando de sus Caciques y los vasos en que bebían su licor favorito, la chicha. Cubiertos de oro las orejas, las narices, el cuello, el pecho, el vientre, los brazos y las piernas, les parecían más bellas las mujeres. El oro, en fin, era compañero obligado en la última morada; á ella bajaban con las joyas que habían realizado la dignidad, el lustre, la gloria y la magnificencia de su persona.

Yá que el oro era para ellos el más precioso de todos los bienes, natural era que hicieran grandes progresos en el arte de la orfebrería, que debieron considerar como la más noble de las artes.

En el número considerable de objetos de oro que se exhibirán en Madrid, se verá que hay muchos de oro nativo de 700 á 800 milésimos de fino. Otros de oro de distintas leyes, ligado con cobre, en proporciones que difieren de un objeto á otro, pues carecían de balanzas para fijar éstas. La escala de las aleaciones que hemos observado es muy variada; alhajas hay con más cobre que oro, y otras en las que predomina el noble metal. En el laboratorio químico de Restrepo y Escobar, de Medellín, hicimos ensayar cinco de los objetos que figuran en el catálogo, á saber: el casco número 12, la nariguera grande número 24, los insectos con trompa en espiral número 41, el vaso mayor número 44, y la vasija oval aplanada número 47, y hé aquí los resultados obtenidos:

NÚMEROS	ORO	PLATA	COBRE	SEMAN
12	47	3.80	49.20	100
24	40.50	9.50	50	100
41	40	13.50	46.50	100
44	44.40	10.80	44.80	100
47	53.70	13.90	32.40	100

En otros términos, estas aleaciones fueron obtenidas fundiendo con cobre oro nativo de 0'925, 0'810, 0'747, 0'804 y 0'994, respectivamente.

Dice Sardella que cuando él recorrió aquellas provincias encontró muchos bohíos destinados exclusivamente al trabajo del oro, y que allí tenían fraguas, hornos, etc. Y no de otra manera hubieran podido vaciar piezas tan pesadas como son algunas de las que figuran en las colecciones y otras de que hablan las crónicas. Fray Pedro Simón refiere

que al comendador Ruy Báez de Sosa le mostró una india de su servicio la sepultura de su padre el Cacique Yambo, y que, abriéndola, hallaron una tabla de oro con que estaba cubierto el ataúd del difunto jefe, y ésta pesó \$ 13,000 de buen oro (29 kilogramos 900 gramos). En la colección del Gobierno figuran seis objetos cuyo peso excede á un kilogramo. La urna cineraria marcada con el número 51 tiene 1,710 gramos de peso.

Si de lo grande descendemos á lo pequeño, hacían cuentas tan diminutas, que se necesitan veinte de las que forman la sarta que lleva el número 35 para completar el peso de un gramo. Otras, aunque no tan pequeñas, son primorosamente labradas y están formadas por la unión de ocho, doce y diez y seis bolitas unidas, dejando claros intermedios (número 32).

Fundían el oro en crisoles de barro. La forma de éstos es la de un cono truncado, alto y con poca diferencia en el radio de las bases superior é inferior. En las guacas se encuentran de estos crisoles con señales evidentes de haber resistido al fuego. Pulverizados y lavados se ha visto que contienen oro. El producto fundido lo derramaban en moldes.

Los Quimbayas tenían una habilidad consumada en el arte de modelar. Hé aquí cómo procedían para preparar el molde de un vaso, una estatuita ú otro objeto cualquiera. Formaban el alma ó núcleo del molde con arcilla plástica, extendían sobre ésta una capa de cera que tuviera en toda su superficie las formas del modelo. Hecho esto, si la pieza que habían de vaciar era de regular tamaño, fijaban en puntos situados simétricamente, estaquitas arredondeadas de madera muy fina y resistente, de unos pocos milímetros de diámetro, que se cruzaban en ángulos rectos. Luégo cubrían el molde con varias capas de la misma arcilla, lo dejaban secar y lo calentaban lentamente para derretir la cera. La armadura de estaquitas impedía que se unieran las dos piezas que formaban el molde. Sacada la cera, vaciaban el oro que llenaba el interior, conservando los detalles del modelo ejecutado por el artista. Los agujeros que las estaquitas dejaban en la pieza, se cubrían con laminitas circulares de oro, que quedaban muy bien soldadas. En todas las piezas grandes de la colección del Gobierno se ven estos remiendos tan claramente, que puede reconstituírse la armazón de los palitos que emplearon para fabricarlas.

Oviedo dice, en el tomo 1.º de su *Historia Natural*, que en la Española y en muchos puntos de Tierrafirme los indios hacían uso de la cera vegetal para los moldes en que habían de vaciar el oro. Lo mismo dice Fray Pedro Simón hablando de los Chibchas.

La vista de la urna cineraria que lleva en el catálogo el número 51, hará comprender las dificultades que tenían que vencer para fundir piezas tan complicadas como ésta, que tiene 35 centímetros de altura y 24 de ancho, con un cuello de 6 centímetros de diámetro.

Las argollas ó narigueras de tumbaga números 23 y 24, de 9½ y de 8 centímetros de diámetro, con una ranura interior que les da bastante elasticidad para poderse abrir y cerrar, fueron evidentemente vaciadas en molde. Aun cuando esta tribu no hubiera dejado más muestras que éstas de sus adelantos en orfebrería, el esfuerzo de ingenio y de destreza que revelan bastaría para considerarla muy adelantada en este arte. Y si observamos en las narigueras más pequeñas y en los pendientes para las orejas, esas espirales delgadas, esos globulillos, que como gotitas de oro colocadas simétricamente embellecen su superficie, esas líneas de un relieve tan suave, esos aros tan pequeños de donde cuelgan chagualetas de minúsculas dimensiones, esos dibujos caprichosos cortados de modo que dejan claros entre sus elegantes curvas, esos trabajos de filigrana, tendremos qué confesar que ninguna nación americana igualó á los Quimbayas en el trabajo del oro, que entre sus manos parece transformarse en blanda cera. Y los hilos, y las fajas largas y delgadas y las láminas circulares, ¿cómo los harían? No se nos ocurre que pudieran emplear otro medio que el de los moldes, no habiendo conocido el hierro, ni las hileras, ni los laminadores. No nos parece más difícil fabricar estos objetos que las argollas de oro de que tratamos anteriormente.

El peto número 125, de 26 centímetros de diámetro, es tan ligeramente cóncavo, que no lo parece á la vista y se adapta sin embargo á la forma del pecho. Si se intenta conservarlo bien extendido, permanece así mientras se ejerza presión sobre él; luégo vuelve á su posición natural.

Las fajas de oro son sumamente delgadas y pueden enrollarse sin peligro de que se rompan. Al lado de éstas hay objetos como los cinceles de oro de un temple tal que primero se rompen entre las manos que perder un punto su forma vertical. Prueba esto que aquellos indios conocían perfectamente las proporciones de las aleaciones y daban á los objetos la resistencia necesaria según el uso á que los destinaban.

Las fajas, coronas y láminas de oro, y en general todas las alhajas quimbayas, se distinguen por un pulimento, una tersura y un brillo raros. Ellos batían muy bien el oro sobre piedras lisas y finas, golpeándolo con otras piedras. Luégo lo acicalaban con bruñidores también de piedra. En la colección del señor Leocadio María Arango, de Medellín, figura una lámina de oro, sacada de una guaca de Pereira,

tan delgada como una hoja de papel, con dibujos estampados, formados de líneas circulares y rectas. Sabían, pues, estampar ó imprimir figuras ó dibujos sobre un molde de piedra; pero no lo hacían con frecuencia porque eran tan hábiles en el arte de modelar, que vaciaban de una vez las láminas de oro con las imágenes que debían tener en relieve. En algunas alhajas se observan líneas realzadas por medio del cincel; puntos grabados y pequeñas aberturas hechas con punzón metálico.

Los bruñidores y piedras para batir se encuentran con frecuencia, los primeros perfectamente pulidos y muy gastados por el uso, las segundas bastante largas para comprender que las cogían á mano. En cuanto á los cincelos de oro, los hemos visto de varios tamaños. El de la figura 143 es de los más pequeños. En el reverso de casi todas las patenas que figurarán en la Exposición de Madrid, se ve claramente en los contornos de las figuras en relieve que se empleó el cincel.

Aquellos artifices se fijaban mucho al fabricar sus piezas en el aspecto y colorido que debían darles para hacerlas agradables á la vista, y sabían sacar partido de los variados matices que presenta el oro nativo en sus múltiples aleaciones con la plata, y el oro ligado con el cobre en diversas proporciones: el amarillo brillante, propio del oro de 22 quilates; el amarillo pálido, ligeramente verdoso, que distingue al de baja ley; el rojizo suave de ciertas aleaciones cobrizas, con la serie de tonos intermedios. El buen gusto que distinguía á los orífices quimbayas les hizo comprender la armonía producida por el contraste de la combinación del color del oro fino con el de la tumbaga. En los cetros que llevan los números 15, 17 y 19 vemos resaltar este contraste. Describiremos el último. Su base es de tumbaga de un rojizo pálido; la parte superior la circundan dos anillos de oro fino de color subido, formados por seis líneas, dos de ellas punteadas. Separa éstos un tercer anillo de círculos concéntricos, de tumbaga, y sobre ellos descansa una base redonda del mismo metal; de pie sobre ésta se halla un paujil cuyo cuerpo es de oro fino y las alas y la cresta de tumbaga.

En el cetro que lleva el curioso grupo de tres monos y un águila, en la lámina 27, los ojos y el pecho de los tres animales de mayor dimensión, son de un oro amarillo, mientras el resto es rojizo. Para hacer esta última figura vaciaron la pieza en un molde, hecho de tal manera que lo que no fuera de tumbaga quedara hueco. Luégo llenaron estos vacíos con oro fino y pulieron bien la superficie.

En todas las partes de estos cetros está tan bien hecha la soldadura, que no se nota ningún desperfecto ni solución de continuidad. No

sucede lo mismo en la curiosa pieza de la colección Restrepo marcada con el número 90; es una figura humana destinada á coronar la parte superior de un cetro: la cara, con excepción de los ojos y de las orejas, la parte del plumaje, la insignia que lleva en la mano izquierda y una especie de platillo que carga á la espalda, son de oro fino; el cuerpo y los demás adornos son de tumbaga de muy baja ley. En la unión de las partes que forman la figura se ven con el lente restos de la soldadura ya oxidada; además, el oro fino está manchado de color cobrizo donde adhiere á la tumbaga.

Hay objetos que verdaderamente confunden al observador. Por mucho que trabaje la imaginación, no es posible comprender cómo podían aquellos bárbaros, sin conocer los reactivos químicos, sin soplete, sin hileras, etc., jugar con el oro como con una masa plástica, formar esas cuentecitas minúsculas que parecen gotitas de oro soldadas unas á otras, hacer objetos con oro de distinta liga sin que se observe el menor indicio de soldadura; fabricar alambres de oro tan bien estirados y pulidos. Manipulaban el noble metal con una maestría que no alcanzaron á igualar las naciones más adelantadas de América. Mas no paraban aquí los progresos de esa tribu singular. Conocían también el secreto para dorar la tumbaga. ¿Cómo, se dirá, podía aplicar el dorado un pueblo que ignoraba la química, que no conocía los ácidos minerales y no podía por consiguiente preparar sales de oro para precipitar luego el metal precioso de su solución? El hecho es, no obstante fácil de explicar. Ellos hacían lo mismo que se practicaba en otros pueblos de Tierrafirme.

No era la única tribu colombiana que conocía el procedimiento de dorar los objetos de tumbaga. La encarnizada guerra que poco después de la conquista sostuvieron los españoles con el Duitama, provino de que éste estuvo engañándolos, pagando los tributos en objetos de tumbaga, que doraban por un método de ellos conocido.

El cronista Oviedo indicó el procedimiento usado sin darse cuenta de la acción de ciertas yerbas sobre los metales, acción química bien natural y sencilla. Hay yerbas, como la acedera, que contienen cantidad considerable de ácido oxálico y otros ácidos orgánicos; el frote persistente de una lámina de tumbaga con éstas, disuelve superficialmente el cobre, dejando una tenue película de oro, á la que se puede dar brillo con un pulidor. Es una operación semejante á la que se practica para blanquear las monedas después de acuñadas. Los tres platillos números 57, 58 y 61, así como la corona número 121, están dorados por el revés, y se ven rojizos por un lado y amarillos por el

otro. Las laminitas circulares números 112 y 175 están doradas por ambos lados. En la iguana y el lagarto del número 118, y en algunas otras piezas el dorado fue tan superficial, que ha desaparecido casi por completo.

Sorprende al primer golpe de vista la perfección del trabajo de los Quimbayas. Hay ahí obras artísticas que no comprendemos cómo hayan sido hechas hace más de tres siglos, con instrumentos tan rudimentarios como los que usaba aquella tribu. Si no conociéramos su autenticidad, podríamos hasta abrigar dudas. Nuestros joyeros son incapaces de fabricar hoy piezas iguales. Alguno quiso imitarlas é incurrió en el grave error de hacer anillos y otras alhajas que no usaron los primitivos habitantes de nuestro suelo. Además, eran de una inferioridad tal, que dudamos que el más ínfimo de los joyeros de la tribu que estudiamos las hubiera reconocido por obras propias.



CAPITULO XII

ALFARERÍA

Las dotes artísticas de que tan lucidas pruebas nos dejaron los Quimbayas en los objetos de oro que salieron de sus manos, se ejercitaron con no menos feliz éxito en las obras de cerámica. En ellas se observa aquella misma aplicación á buscar en la naturaleza modelos escogidos, á los que daba mayor realce su ingenio aplicado á pulir hasta los más ínfimos detalles de las piezas y á buscar siempre nuevas formas.

La arcilla de que hacían uso era de muy buena calidad; las vasijas presentan todas una superficie muy tersa y compacta y son de mucha solidez.

Los objetos de barro hallados en los sepuleros los clasificaremos en tres grupos que estudiaremos separadamente: vasijas de uso y de adorno, figurillas y representaciones, piezas unidas.

1.º VASIJAS DE USO Y DE ADORNO

Todas las hacían á mano; las más pequeñas de una sola pieza, y las mayores en varias partes que con la misma arcilla soldaban cuidadosamente.

Como objetos de uso sólo tenían la vajilla de cocina, compuesta de grandes ollas de superficie lisa; las moyas de chicha; los crisoles para fundir el oro; vasijas para la evaporación de la sal y para el servicio de mesa, y otras en que quemaban yerbas aromáticas cuando invocaban al Demonio.

Las ollas de cocina y las que contenían la chicha, descansaban en el suelo sobre soportes de barro en forma de manguito, con los extremos ya muy abiertos, ya un poco cerrados. Estos servían también para sostener en las tumbas las ollas que contenían los alimentos colocados al lado del cadáver.

Encuéntrese multitud de vasijas de barro, todas ellas con aberturas á los lados y con una canal por donde se comprende que debía pasar la cuerda que las sostenía. Además de servir para adorno en las casas, colgadas del techo, es muy probable que las utilizaron para guardar alhajas, dijes, etc. Se encuentran muchas de estas últimas; en la Colección pueden verse las que llevan los números 237 á 239.

Para la fabricación de las vasijas con dibujos en alto relieve, tales como las que se ven en las láminas LXXIX y LXXX, empleaban un sistema muy sencillo. Hecha la vasija de una capa gruesa de barro, grababan los dibujos que en ellas se observan, con un cuchillo de caña ó de pedernal. Trabajo laborioso, en el cual, con muchísima paciencia, trataban de imitar los tejidos de palma con que hacían sus canastos. Estas labores las hacían con un arte y una simetría dignos de todo elogio.

2.º FIGURILLAS Y REPRESENTACIONES

En el trabajo de éstas poco esmero ponían los Quimbayas; no parece realmente que los artífices que amoldaban el oro con tanto primor, produciendo imágenes que parecen retratos de sus Caciques, modelaran el barro en estos casos con tan poco cuidado, ¿quién, al ver á un lado de las figuras 225, etc., las de oro números 1 á 6, etc., pudiera creer que son contemporáneas, y obras unas y otras de la misma nación? La figura 224 es una excepción. La cara es expresiva, y las curvas de la espalda, etc., son de mano maestra.

3.º OBJETOS UNIDOS

Todas las obras de cerámica, después de modeladas, eran sometidas á una cocción á fuego lento y al aire libre. Los silbatos de doble cuerpo, las vasijas con grandes aros, etc., eran hechos por partes que soldaban unas á otras antes de ponerlas al fuego. Después de dejarlas enfriar gradualmente, aplicaban los colores que les eran más familiares: rojo, blanco, gris, amarillo y negro. Conocían el barniz, como podrá verse en unas pocas vasijas.

Imitaban con primor las frutas y los animales, y en los silbatos trataban de remedar la voz del animal que figuraban.

Una simple inspección de los variados objetos de barro de la colección quimbaya, dará más luz sobre sus grandes adelantos que cuanto pudiéramos escribir sobre la materia.

INDICE

	Págs.
PRÓLOGO.....	v
CAPITULO I.—Geografía.....	1
CAPITULO II.—Historia.....	8
CAPITULO III.—Religión.....	13
CAPITULO IV.—Gobierno.....	17
CAPITULO V.—Fiestas.....	24
CAPITULO VI.—El indio quimbaya.....	27
CAPITULO VII.—Vestido.....	32
CAPITULO VIII.—Guerras.....	38
CAPITULO IX.—Ideas de inmortalidad.....	42
CAPITULO X.—Idioma, agricultura, industrias varias.....	49
CAPITULO XI.—Orfebrería quimbaya.....	54
CAPITULO XII.—Alfarería.....	61

